9947

PEDRO MUÑOZ SECA

El Príncipe Juanón

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos, en prosa, original

Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1916

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

EL PRÍNCIPE JUANÓN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PRÍNCIPE JUANÓN

COMEDIA DRAMÁTICA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenada en el TEATRO CERVANTES de Sevilla, por la Compañía del Teatro Español de Madrid, la noche del 14 de Mayo de 1916

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1916

Al Casino Portuense, un bello rincón del Puerto de Santa María, donde se reunen los hombres más ingeniosos y más embusteros de España,

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS
PETRA	Carmen Cobeña.
GENARA	Joaquina del Pino.
SIMONA	María Morera.
CASILDA	Carmen Cuevas.
ANTONIA	Josefa Jiménez.
DIONISIA	Elisa Pérez Luque.
JUANÓN	Alfonso Muñoz.
DON TRINIDAD	Constante Viñas.
DON HONORIO	L. Ruiz Tatay.
BRAULIO	Rafael Cobeña
TEODORO	Andrés Babe-Botana.
RAMÓN	Federico Gonzálvez.
QUIRINO	José González Marín.
CHILINDRA	Enrique Cantalapiedra.
DON TADEO	José Trescolí.
MELANIO	Emilio Mesejo.

ACTO PRIMERO

Planta baja de una gran casa de labor. En el ángulo de la derecha enorme chimenea de grandísima campana. En el fondo un muy ancho portalón que conduce a un pórtico sustentado por rica arcada. En el lateral derecha, primer término, puerta que conduce a restantes habitaciones de la casa.

En el lateral izquierda puerta amplia que da acceso a la gañanía. El mobiliario presta a la estancia cierto aspecto señorial.

Entre arcones y aperos hay ricas sillas de vaqueta, sillones frailunos de severa presencia, alguna mesa de oscura caoba, digna de figurar en una sacristía, algún farol de rico estilo, propio de un museo de antigüedades. A través del pórtico del foro se ve, cerca, un almijar; más allá un trozo de viña; lejos, un frondoso olivar, que trepa por ribazos y colinas, y allá, lejísimo, casi perdiéndose en el azul del cielo, una altísima cima de oscuros verdores, cuajada de casuchas terrosas y alguna que otra ermita blanquecina. La acción en Aragón, en las cercanías de un pueblo ribero a Castilla. Epoca actual, en el mes de Octubre. Es de día.

—

(Al levantarse el telón están en escena GENARA, CASILDA y DON TRINIDAD. Genara es una señora como de sesenta años, vestida con una sencillez casi campesina; Casilda es una palurdilla de diez y ocho años, que viste al uso del país, y don Trinidad es un sacerdote de mediana edad y de aspecto bonachón y simpático. Usa balandrán y bonete. Casilda cose. Genara, ensimismada, tristísima, escucha a don Trinidad.)

Trin. La vida es así, doña Genara; triste, muy triste, pero no por eso hay que amilanarse.

672C67

Hay que pensar siempre que estas amarguras de la tierra son las que luego han de acercarnos más a Dios.

Gen. Ya sabe usted, señor cura, que yo acepto con alegria cuanto El dispone. No siento lo que sucede por mí, sino por mi pobre viejo...

Trin. También el señor Saturio tiene un alma fuerte, aunque el cuerpo esté ya averiado.

Gen. ¡Ay, don Trinidad! Usted sabe lo que es para nosotros salir de esta casa, donde hemos vivido cuarenta años, y donde han nacido nuestros hijos...

Trin. Ellos serán ahora su sostén.

Gen. Sin duda. Ya ve usted que no han tardado en acudir a nuestra llamada. Anoche llegó Braulio y hoy llegará Teodoro, pero es muy triste tener que ser recogidos de limosna a nuestra edad.

Trin Los hijos que amparan a sus padres, no les dan limosna; pagan una deuda sagrada.

Gen. Aunque así sea, ¿cree usted que podré yo acostumbrarme nunca a vivir lejos de estas paredes; sin ver mi huerto y mi viña y mis gallinas y mis palomas? (Seca una lágrima.)

Trin. Vaya, no hay que achicarse de ese modo.

Cas. Eso mesmo li digo yo, siñor cura, que no se achique, y se lo dicimos toos, pero el ama está tan metida en su pena que no escucha más voz que la de su sentir. Claro, que si la echan de acá pierde casa y campiña, pero más pierdo yo, ¡contra! y no mi apuro.

Trin. ¿Tú?

Cas. A ver en qué otra casa voy yo a ganarme los veinte riales que aquí me gano. Y que está el pueblo como pa buscar acomodo. Ni maullando logra nadie reunir cinco perros.

Gen. Calla, Casilda, calla.

Trin. (A Genara, bajando un poco la voz.) ¿Y es por fin hoy el día señalado?...

Gen. Sí, señor. A las tres. Para esa hora anunció su visita don Tadeo. Ya comprenderá usted cuál debe ser su propósito.

Trin. (Indignado.) ¡Bribón de Vampiro! .. Con razón le han puesto ese mote... (Conteniéndose.) Dios me perdone, pero escuchando ciertas cosas, me dejo llevar de la ira...

Gen. Todas las escrituras han vencido ya. Puede hacer de nosotros lo que quiera.

Trin. ¿Y no hay medio de defenderse contra ese desalmado usurero?

Gen. ¡Si fuera nuestro único acreedor! Pero tenemos otro que es peor, por lo mismo que es más generoso.

Trin. ¿Quién, doña Genara?

Gen. El señor marqués, el amo del Sotillo, que nos escribe pidiéndonos que nos vayamos porque él no quiere echarnos por justicia.

Trin. ¿Le deben mucho?

Gen. La renta de cuatro años. Desde que enfermó Saturio. De ahí arrancan nuestras desventuras.

Trin. Peleando cayó el pobre, que hasta el día en que amaneció paralítico, ni uno solo dejó de dar golpes con la azada. Era el amo y parecía el último de los jornaleros.

Gen. Y la tierra se lo agradecía, porque... cuidado si nos daba entonces!... Tuvimos para educar a nuestros hijos; para darles carrera. Parece mentira que sea aquél mismo este terruño que ahora se niega a darnos nada. Se conoce que ya cree haber hecho bastante por nosotros. Querrá volver a los colonos jóvenes, a los que tienen hijos que criar... Los viejos ¿qué podemos pedirle a la tierra, sino un hoyo en que dormir? (Llora silenciosamente.)

Trin. No la reconozco a usted, doña Genara. Ese desaliento no es propio de una mujer aragonesa. Es preciso que se anime usted. Debe hacerlo por su marido; por su hija.

Gen. ¡Por Petra!

Trin. Ella sufre tal vez más que nadie y ya ve usted con cuánta energía se sobrepone a su pesar.

Gen. Petra tuvo en su mano el sacarnos de esta situación.

Trin. ¿Va usted a echarle en cara?...

Gen. Líbreme Dios.

Trin. ¿Quería usted que sacrificase su vida uniéndola a la de ese Vampiro, que Dios confunda?... Es decir, que Dios perdone.

Gen No; pobre hija mía. Ha hecho bien. Pero como él estaba empeñado en casarse con

ella, ahora, claro está, se venga del desaire. Yo creo que por eso prestaba a Saturio cuanto le pedía, para obligarla a ella; hasta le ha comprado al marqués el crédito que tiene contra nosotros.

Trin. Pues no hable usted con Petra de eso. Sería una atrocidad ponerla en el trance de que se casara con el Vampiro. Bastante tiene la pobre con el desengaño que le ha dado su primo Ramón.

Gen. Es verdad. Lo de Ramón no tiene nombre. ¡Romper la boda al enterarse de nuestra ruina!... Eso, cuando se tienen veinte años, duele mucho; cuando se tienen más de treinta, como tiene Petra...

Trin. Cobardías, doña Genara.

Cas. Disvergüenza dirá usted mejor, siñor cura, porque ese mozo, too el mundo lo dice, venía aquí a comer la sopa boba, y cuando vió que no había sopa, se dijo: ridiós, pa rebañar, bien estoy en mi casa, porque aonde comen tres pué comer un cuarto, pero aonde no hay un cuarto, pus el cuarto, es decir, el... güeno, me he hecho un lío, pero ya sabe usté lo que quiero icir.

Trin. Siempre acabas enredándote, Casildilla.

Cas. Sí, siñor, me pasa siempre. Mi padre dice que es sobra e talento, porque es que, cuando estoy diciendo una cosa, estoy pensando en otra.

Juanón (Por la puerta del foro. Es un mozo como de treinta y cinco años, fuerte, sano, simpático. Viste con el traje del país y conduce una gran espuerta llena de hierba.) Buenos días.

Trin. Dios te guarde, Juanón.

Gen. ¿De dónde vienes?

Juanón De cortar un poco de hierba fresca pa la vaca, a ver si quiere dar más leche. Esta mañana no la saqué ni medio azumbre.

Gen. La vaca no da más leche porque está vieja, Juanón.

Juanón Pus tié que darla, porque es su obligación. Toos, y ella la primera, debemos ganarnos lo que comemos.

Trin. Este sí que es de los leales, doña Genara.

Gen. El único que nos queda, don Trinidad.

Trin. ¿Cómo? ¿También se ha ido el mayoral?

Gen. Ayer.

Juanón No lo eche usté de menos, señora ama. Mientras quede Juanón, algo queda en el Sotillo. Si no hay quien are, yo tiraré del arado. Y si no hay quien siegue, yo segaré... ¡Pa lo qu'hemos sembrao este año! Y si no vienen las aceituneras, entre la señorita Petra y yo, cogeremos las aceitunas. Los dos nos bastamos pa eso y pa segar la huerta y pa cudiar de los gorrinos, que son los únicos que hacen lo que deben, porque, ¡vaya si engordan! Lo principal es que usté no llore ni se apure. Lo que hacían las dos yuntas que si han vendido, soy yo capaz de hacerlo. Después de too, ¿qué va de un hombre a un animal? (Ríe don Trinidad.) No se ría usté, señor cura, que muchas veces los animales son mejores y más agradecíos que las personas.

Cas. Y pués dicirlo.

Trin. ¿A que vas a resultarnos un filósofo?

Juanón Yo no sé lo que es eso, pero aquí he nacido y este pan he comido desde entonces, y quien me saque a mí de aquí, va a tener que tirar muy fuerte.

Gen. No digas eso, Juanón, porque hoy mismo van a venir a echarte de esta casa.

Juanón ¿A mí?

Gen. A ti y a todos.

Juanón ¿Quién va a hacer eso?

Gen. La Justicia.

Juanón ¡Contra! ¿La Justicia? ¿Pus no dicen que la Justicia está pa darle la razón al que la tiene?

Trin. Esa es su misión, en efecto.

Juanón ¿Y hay razón pa echar del Sotillo al amo, que está impedido, y al ama, que va a morirse de pesadumbre, y a la señorita, que vale más oro que pesa? ¿Echarlos de estas tierras después de haber enterrao en ellas cuarenta años de vida? Eso podrá hacerlo cualquiera, menos la Justicia. Porque si el amo quié echarnos, la Justicia debe decirle: oiga usté, amigo, la tierra es de usté, pero el señor Saturio ha sembrao los olivos y la viña

y los perales, y eso es suyo; de modo que si ha estao usté cuarenta años cobrando renta, ahora debe estar otros cuarenta sin cobrarla: eso es Justicia.

Gen. Vamos, no digas disparates, Juanón.

(Por la puerta de la derecha entra en escena PETRA, moza de unos treinta años, atezada, fuerte, nerviosa, sencilla en el vestir, enérgica al hablar, un poco sombría de aspecto.)

Petra Juanón, ¿trajiste la leña que cortamos ayer en la sima?

Juanón En dejando esta hierba ahí adentro, voy por ella.

Petra Pues date prisa, que está vacía la leñera.

Gen. Para lo que nos queda de estar en el sotillo...

Petra ¿Aún piensa usted en eso, madre? Ya le he dicho que ustedes no salen de aquí.

Gen. Lo has dicho, sí, pero no te hemos creído. Dios no quiere ya favorecernos.

Petra Querrá el demonio.

Trin. ¿Qué dices, Petra? ¿Vas a blasfemar?

Petra ¿Estaba usted ahí, señor cura? Usted perdone.

Trin. Te perdono porque sé que Dios no se ofende contigo por tus brusquedades.

Petra Más vale así. ¿Dónde está Simona?

Cas. Está con el señorito Braulio.

Petra (A Casilda.) ¿Y tú qué haces?

Cas. Repasando esta camisa de Quirino, que tiéca roto que pué una asomarse.

Petra ¡Quirino! Buen desahogao está Quirino; si no fuera nieto de la Simona, ya le diría yo a Quirino, ya. Deja eso y anda a mondar las patatas y a preparar la comida que ya va siendo hora. (Casilda deja la ropa y se dispone a hacer mutis por la izquierda.) Y dile a Simona que a ver qué piensa. (Vase Casilda.) Y tú, (A Juanón.) ¿qué haces ahí que pareces alelao?

Juanón Ya voy, señorita.

Petra Señorita, y dale con señorita. No quiero que me llames señorita. Antes no me llamabas así.

Juanón Antes... no estaba usted tan en ama como ahora.

Petra Ni quiero que me hables de usted, ya te lo he dicho cien veces.

Juanón Es que cuando éramos críos los dos, era otra cosa; pero ahora...

Petra Ahora soy la misma que antes, con unas cuantas penas más, pero la misma.

Trin. Dices bien, la misma; la de la corteza áspera y el corazón de oro.

Petra No me diga usted hoy que soy buena, don Trinidad.

Trin. ¿Por qué?

Petra Porque no lo soy.

Trin. Conozco tu alma, Petra.

Petra A las almas nunca se las conoce del todo.

Trin. La buena semilla da siempre buen fruto.

Petra Cuando la tierra es buena y el agua no la pudre, ni el sol la calcina, ni la hiela la escarcha. ¡Qué sabe nadie por qué se es bueno o se es malo!

Sim. (Por la derecha. Es una vieja casi ochentona, antigua criada de la casa,) Señor cura: dice el amo que no se marche usté sin verle.

Trin. Ya pensaba hacerlo, Simona.

Petra (A Simona.) ¿De dónde sales tú?

Sim. (Entre dientes.) ¡De dónde sales tú!... ¡De dónde sales tú!... ¿De dónde he de salir? Del cuarto de Braulio. ¡Qué jorobeta!

Gen. ¿Se ha levantado ya?

Sim. Se ha levantado. Hace dos horas que se ha levantado, pero aún tardará en salir.

Gen. ¿Pero qué te pasa, mujer?

Sim. ¡Qué me pasa! Qué me ha de pasar, señora ama; que ese no es mi Braulio; que ese no es el que yo crié a mis pechos; que mi Braulio con ligas en las piernas, no pué ser.

Juanón ¿Con ligas?

Sim. Sí, señor; y lo digo pa que tos se enteren: con ligas... ¡Sinvergüenza!

Gen. (Con severidad.) ¡Simona!

Sim. Y con unos calzoncillos de coqueta que no le llegan más que a las rodillas. Y con una de tarritos y de ungüentos que paice la mesa una farmacia. (Ríe don Trinidad.) ¡No hay que reirse, señor cura, no hay que reirse; qué risa ni qué jorobeta!

Trin. Pero mujer...

Sim. Y se ha afeitao con una herramienta que paice un tenidor y se ha cepillao la cabeza y los dientes y las uñas, y luego... (Rechinando los dientes que le quedan.) se ha puesto un bozal en los morros pa dejarse los bigotes que paicen de alambres. Pero, anda, que a mí no se me ha quedao ná por dentro, porque le he llamao... lo que le he llamao y le he dicho, que en el Sotillo no hacían falta tantos baulés ni tantas porquerías, sino dinero que es lo que él no trae.

Gen. Braulio no es rico, Simona.

Sim. Por lo majo que viene lo parece, aunque en calzoncillos no ha gastao mucho.

Gen. Tiene que pensar en sus hijos.

Sim. ¡En sus hijos!... ¡En sus hijos! Qué jorobeta... ¿Y en sus padres, no? Pues si es ingeniero y se gana los cuartos y se ha casado en Madrid, ¿a quién se lo debe sino a sus padres? Si hablaran estos terrones, ya nos contarían cuántas gotas de sudor ha tenido que derramar el pobre tullido para que él se las dé ahora de señorón con bozalera.

Petra Tienes razón, Simona.

Sim. Ya lo creo que la tengo. Como que el propio Braulio no sabía qué contestarme cuando se lo decía.

Gen. Pero ¿le has dicho?...

Sim. Ya sabe usted, señora ama, que a mí no se me quea ná por dentro.

Gen. Has hecho mal, Simona. Hay que resignarse con lo que Dios dispone.

Sim. Esto no lo ha dispuesto Dios; es culpa de usted y del amo, por querer que sus hijos fuesen caballeros. De labradores habían nacido y labradores debieron ser, pero era más bonito que estudiaran esos latines, y ahora, cuando el amo está inútil, cuando la tierra pide brazos con brío, los señoritos están paseándose por Madrí, casados con unas damirrubias muy impingorotás y oyendo la música. ¡Eso! Y mientras tanto, el terruño que a ellos ya les dió lo que necesitaban, secándose, perdiéndose, entregado a quién no puede con la carga. (Por Petra.) ¡A la pobre Cenicienta!

Petra Calla, Simona.

Sim. ¡No me da la gana! (Gruñendo.) Calla, Simona... Calla, Simona... ¡No quiero! Tú eres la Cenicienta de la casa, la que trabaja para los demás, la que haces lo que debían hacer otros que no sirven ni para descalzarte los zapatos.

Juanón (Sin poderse contener.) ¡Eso! ¡Ni pa descalzarla los zapatos!

Petra (Muy seria.) ¡Juanón! (Juanón agacha la cabeza.) A lo que tienes que hacer. (Juanón sin mirarla, hace mutis por la izquierda.) Y tú, Simona, dí a Braulio que venga; tenemos madre y yo que hablar con él.

Sim. Ya vendrá él cuando se quite el bozal. Yo tengo que buscar ahora a mi nieto para darle una paliza.

Trin. ¿Te has vuelto loca, Simona?

Sim. ¿Pero usted no sabe lo que me ocurre con Quirino, señor cura? Pues que se ha enamorao de esa sinvergüenza que la llaman la Duquesita.

Trin. ¿Es posible? ¿Una mujer de tan mala fama?

Sim. Como que hasta las gallinas se ponen colorás al oirla nombrar.

Trin. ¡Jesús! ¡Jesús!

Sim. Pues sí, señor, se ha enamorao de ella; y ella le hace cara y yo de doce y media a una le doy todos los días una paliza y ya es hora, conque voy a buscarlo. Si no está en la cuadra, estará en el palomar, y si no estará en la hacienda de ahí al lado; me da lo mismo. El sabe que aunque se esconda en el infierno antes de la una he de pegarle. Hasta ahora. (Haciendo mutis por la izquierda gruñendo como siempre.) ¡La Duquesita! ¡Qué Duquesita ni qué jorobeta!... (Vase.)

Trin. También yo voy a acompañar un rato a don Saturio. Hasta luego.

Gen. Hasta luego, don Trinidad, Anímelo usted.

Trin. (Haciendo mutis.) Esa es la misión que yo tengo, doña Genara. (Hace mutis por la derecha.)

Gen. ¿Para qué quieres que hablemos con Braulio, Petra?

Petra Para repetirle que tanto él como Teodoro,

tienen el deber de salvar a mi padre y a usted.

Gen. Braulio ya ha dicho que no tiene el dinero que necesitamos, y Teodoro ha escrito en el mismo sentido.

Petra Pues lo que no se tiene se busca... ¡y se encuentra cuando se busca de verdad!

Gen. Nos han ofrecido lo único que pueden ofrecernos: su casa.

Petra No, usted lo sabe bien. Sacarlos a ustedees del Sotillo es condenarlos a muerte. Aquí están las raíces de su vida. Ya es tarde para arrancar esas raíces de esta tierra y que prendan en otra. Puede trasplantarse el arbusto; a la encina vieja ¿quién la trasplanta?

Gen. Tus hermanos no han podido...

Petra Tampoco podía padre cuando ellos comenzaron sus estudios, pero quiso y pudo y sacrificó su vida y pudo, y acuérde usted, madre, acuérdese usted, que el único vicio que padre tenía era el tabaco; nada, unos reales todos los días, pero aquellos reales hacían falta para los niños y padre dejó de fumar. Y eso se dice pronto; dejó de fumar, pero hasta calentura le costó y yo le ví un día como loco arañar sus bolsillos buscando migajas de tabaco y logró reunir un cigarro, el último, y no lo encendió, diciendo: «por ellos», ¡por ellos! lo arrojó a esa lumbre. Deme usted la razón, madre; mis hermanos no han sabido corresponder a tantos sacrificios; han debido hacer algo más de lo que han hecho; algo más de lo que se proponen hacer.

Gen. No los acuses, Petra. Nadie hace por completo lo que debe.

Petra Yo sí. (Genara baja la cabeza.) ¡Yo sí! (Pausa.) ¿Qué quiere usted decirme con ese silencio, madre?

Gen. Nada, hija mía. ¿Qué puede decir el silencio?

Petra No; por su cabeza de usted acaba de pasar una idea... que no ha hecho bien en pasar, madre; porque yo por ustedes estoy dispuesta a todos los sacrificios, incluso a casarme con ese... hombre si no hubiera otro reme-

dio... pero no es justo que usted lo piense; déjeme pensarlo a mí sola. Usted que disculpa el egoísmo de mis hermanos, negándose a dar lo que tal vez les sobre, no tiene derecho a decirme a mí que también tengo corazón como lo tenemos todos, «es preciso que lo destroces, que renuncies a ser feliz y que seas la mujer de un hombre viejo, repugnante, enriquecido por explotar la miseria, por despojar a los que sufren y trabajan...» No tan Cenicienta, madre, no tan Cenicienta.

Gen. No he pensado semejante cosa.

Petra Sí; y sepa usted que para conseguir que no salgan ustedes del Sotillo, y no saldrán, estoy dispuesta a todo. ¡Qué sabe usted de lo que yo soy capaz?.. ¡Se horrorizaría si lo supiese! La muerte si es necesario, pero una muerte rápida, madre. Dejarse cortar un trozo de carne cada día, lo haría una santa, y yo no lo soy.

Brau. (Por la derecha. Es un muchacho como de treinta años, muy atildado y elegante.) ¡Hola!

Gen. Dios te guarde, hijo mío.

Brau. (Besando a Genara) Se me han pegado un poco las sábanas; pero llegué tan cansado del viaje...

Gen. ¿Has dormido bien?

Brau. Divinamente. Ya he visto a padre que está con don Trinidad. Me ha parecido más animado que ayer.

Gen. Tu llegada y la que aguardamos de Teodoro, le han servido de consuelo.

Brau. Por cierto que debe ser hora de que vayamos a esperarle.

Petra Hay tiempo. El tren no llega hasta la una.

Brau. (Sentándose junto a Genara.) Pero vamos a ver, madre, ¿por qué han tardado ustedes tanto en darnos cuenta de su situación? De habernos avisado antes, tanto Teodoro como yo hubiéramos podido hacer algo para evitar esta ruina.

Gen. ¿Qué quieres, hijo mío? Por no daros ese disgusto; por la esperanza de que un año bueno podría sacarnos adelante...

Brau. En fin, después de todo, aunque lo que su-

cede sea muy triste, no se trata de un mal sin remedio, puesto que tienen ustedes la vida asegurada y una casa, mejor dicho dos casas, que son suyas.

Petra ¿Cuáles?

Brau. ¿Cuáles han de ser? La de Teodoro en Burgos y la mía en Madrid.

Petra Estos pobres viejos no están ya en edad de hacer esos viajes.

Brau. ¿Conoces tú otra solución?

Petra Pagar la deuda.

Brau. No es fácil encontrar de momento treinta mil pesetas.

Petra No será fácil, pero no es imposible. Se buscan, se piden, se empeña cuanto se tiene, se vende hasta el alma si es preciso. Eso hacen los hijos cuando son buenos hijos.

Brau. ¡Petra!

Gen. No te enfades. Ya sabes que es un poco áspera.

Petra La verdad es la que es áspera, madre, no yo.

Trin. (Asomándose por la puerta de la derecha.) Os llama don Saturio.

Petra Allá vamos, don Trinidad.
(Mutis de don Trinidad.)

Gen. (Levantándose.) Por Dios, delante de vuestro padre...

Petra Descuide usted. (Mutis por la derecha.)

Brau. (Cogiendo a su madre del brazo.) ¿Vamos, madre? ¡Esta Petra dice unas cosas!...

Gen. Siempre fué arisca, pero ¡es tan buena! (Mutis por la derecha.)

Sim. (Por la izquierda.) Ni en la cuadra, ni en el palomar, ni en la hacienda de don Dimas; me da lo mismo. Puede que esté en la cocina. (Haciendo mutis por la derecha.) ¡Antes de la una le he de pegar!... (Mutis.)

(Queda un instante la escena vacía, y con todo género de precauciones entra por el fondo QUIRINO, un muchachote como de veinte años, con una cara de bruto que es un espanto. Viste al uso del país.)

Quir. No está. ¡Si supiera que vengo a su casa!... Y lo malo es que me paice que güelo. (Se huele una manga y luego otra.) ¡Ridiós, ya lo creo que güelo! Como que hay en su casa un

olorcico a procesión que se pega a la ropa. (Vuelve a olerse.) Hoy no me pellizca; hoy me toca vara.

Juanón (Por la izquierda.) ¡Hola, Quirino!

Quir. ¡Hola, maño! ¿Aónde vas?

Juanón Por leña al monte; ¿y tú?

Quir. Por leña a la cocina.

Juanón Hi oído decir que no hay.

Quir. Pa mí, estando la agüela, hay siempre.

Juanón (Riendo.) No te habia comprendío.

Quir. (Acercándose a Juanón.) Escucha, ¿güelo?

Juanón ¡Contra!... ¡Mareas!

Quir. ¡Ridiez! ¿y qué haría yo pa quitármelo?

Juanón Tírate a la alberca.

Quir. Piensa otra cosa, maño, que no tengo más ropica que esta.

Juanón Pero, ¿por qué eres tan sinvergüenza, Quirino? ¿Tú no sabes que andas en lenguas de la gente? El hombre de bien debe buscar a una mujer como Dios manda, no la que tú has buscao, que media provincia se la sabe de memoria.

Quir. ¿Y a mí qué me importa?

Juanón ¿Por qué no te has fijao en la Casilda, que está por ti, como tós sabemos?

Quir. La Casilda... Hombre, si se bañara con agua de Colonia y se vistiera como la Duquesita, pué que me gustara. ¡Pero es que la Duquesita!... (Confidencial.) M'ha recibío esta mañana con una sotanica rosa... y sentada así... (Se sienta en una silla, estira las piernas y adopta una indolente y cómica postura.)

Juanón (Viendo entrar por la puerta del foro a DON HONORIO. Notario del pueblo, un viejo agradable, simpático.) ¡Calla!

Hon. ¡Hola, buena gente!

Juanón Que Dios le guarde, señor don Honorio. ¿Busca usted al amo?

Hon. Vengo a saludar al señorito Braulio.

Juanón Pues aguarde, que voy a avisarle. (Mutis por la derecha.)

Hon. (A Quirino.) Tú eres el nieto de la Simona, ¿no?

Quir. Así parece.

Hon. ¿Y tu abuela? Tan maja, ¿eh?

Quir. Sí, señor; y bien maja.

Hon. Dala una voz, hombre, que quiero saludarla.

Quir. Déjese usted de cumplidos, don Honorio: otra vez será.

Juanón (Por la derecha, seguido de BRAULIO y de PETRA.) Acá viene, señor notario.

Brau. ¡Amigo don Honorio!

Hon. Bien venido, señor viajero. (Saludos.) Dios te guarde, Petra.

Petra Buenas tardes.

Hon. No pude venir anoche a darte un abrazo. Un trabajillo de cierta urgencia...

Brau. Ya sé que esa notaría sigue viento en popa.

Hon. No va mal, afortunadamente. ¿Y Teodoro, llegó también?

Brau. Le aguardamos ahora a la una.

Hon. Gracias a Dios, que por fin vamos a reunirnos todos y a buscar juntos una solución para el desastre de esta casa.

Brau. Veo que es usted el excelente amigo de siempre.

Hon. Y si en mi mano estuviese el arreglar este asunto...

Petra ¿Qué noticias nos trae usted hoy, don Honorio?

Hon. Ninguna. Nos ha extrañado que don Tadeo, que ayer y anteayer se pasó la mañana en el Juzgado, hoy no ha ido por allí a pesar de ser el día señalado para el embargo.

Brau. Pero... ¿vendrán esta tarde a las tres?...

Hon. Si no hay contraorden... Por eso deseo hablar contigo, para que resolvamos...

Brau. Esperemos la llegada de Teodoro. Si quiere usted acompañarme a la estación hablaremos por el camino.

Hon. Perfectamente.

Petra (A Quirino.) Tú, echa a andar, y ocúpate del equipaje.

Quir. Sí, señora.

Hon. Hasta luego. (Se van por el foro.)

Brau. Hasta ahora.

Petra Adiós.

Quir. (Desde la puerta del foro.) Señorita...

Petra Qué.

Quir. Que como es la hora e las palizas... Si mi agüela pregunta por mí, ya le dirá usted... vamos, que yo he sido puntual. (Mutis.)

(Petra se sienta ante una mesa, apoya la cabeza entre las manos y queda ensimismada. Juanón, duda un instante, por fin se decide, avanza quedamente y dice a Petra en voz baja.)

Juanón ¿Quiere usté que yo mate a ese hombre?

Petra (Sobresaltada.) ¿A quién? ¿Qué dices?

Juanón Al que tiene la culpa de todas las penas de esta casa: al Vampiro.

Petra (Después de mirarlo fijamente.) ¿Serías tú capaz?...

Juanón Dígame usted que lo mate; dígamelo con la boca... o con los ojos, me da lo mismo, y lo que tarde en retorcerle el pescuezo... es lo que tarde en encontrarle.

Petra ¡Pobre Juanón! Tú eres de los que se dejan matar; no de los que matan...

Juanón Yo soy capaz de tó, señorita Petra. Se dice a las buenas y un cordero me puede; se dice a las malas y ya puén echarme lobos hambrientos, que pa tós tengo garras. Don Tadeo nos echa del Sotillo por vengarse de que usted no ha querido casarse con él; y ya que en el mundo no hay justicia, porque es la justicia la que ampara eso.. aquí estoy yo pa lo que sea preciso.

Petra Calla, Juanón, calla.

Juanón Y ojalá que fuera pa retorcerle el cuello al Vampiro, que muchas veces me han dao ganas de hacerlo. Siempre que lo he encontrado hablando con usted y he visto cómo se le encendían aquellos ojillos de zorro... he tenío que contenerme pa no machacarle a puñetazos. Creerá ese Matusalén, que se vuelve loco apenas ve una falda, que usted es como las demás mujeres a las que él se arrima; como la que yo ví anoche...

Petra ¿Eh? ¿Qué viste tú anoche?

Juanón Nada; una prueba más de lo que es ese viejo asqueroso.

Petra Perc, ¿qué viste? Habla.

Juanón ¿Para qué quiere usted saber ciertas cosas? Usted no debe enterarse de eso.

Petra Pues necesito enterarme, Juanón; te suplico que me cuentes lo que sea.

Juanón Pues verá usté... Había yo salido anoche, poco antes de la una a dar una vuelta por el olivar de la rastrojera, porque me parece a

mí que nos cogen leña y quería pescar a los ladrones, cuando sentí pasos detrás de mí... Ya están aquí esos tunantes, me dije, y me oculté en un matojo, disponiéndome a echarles mano. Esto ocurría junto a la senda que va a salir a la carretera.

Petra Sí.

Juanón Aunque la noche estaba muy oscura, me pareció que quien me seguía no era un leñador, sino una mujer.

Petra ¿Una mujer?... ¿La conociste?

Juanón Cualquiera conocía a nadie en aquella oscuridad. No ví más que una sombra; una sombra que no iba a cosa buena, porque se agachaba y se tapaba aún más que yo.

Petra Sigue.

Juanón Me picó la curiosidad y eché a andar sin meter ruido detrás de aquel bulto, y ví que llegó a la carretera y echó a correr en dirección al pueblo. Era una mujer, señorita, no me había yo engañado. ¿Y sabe usted adónde iba aquella mujer? A casa del Vampiro.

Petra ¿Eh?

Juanón Yo me lo malicié cuando ví que ocultándose más que nunca pasó por detrás del convento y se metió en el callejón del Postigo, y al maliciármelo me entraron más ganas de saber quién era y aprete el paso...

Petra ¿Y llegaste a verla?

Juanón ¡Cá! Ella lo apretó también, y como el vejete a la cuenta estaba esperándola y la puerta sólo estaba entornada, ella no tuvo más que empujar y cerrar en seguida.

Petra ¿Y qué hiciste tú entonces?

Juanón Lo primero que se me ocurrió fué decir: «tú saldrás tarde o temprano: aquí te aguardo»; pero luego me puse a pensar y me dije: Si ella no quiere que la vean, ¿no será una mala acción que yo esté aquí pa enterarme de quien es? Después de to, ¿quién podría ser?.. Una desgraciada... Allá ca uno con su conciencia... Y me volví al olivar.

Petra Hisciste bien, Juanón. Tú eres bueno.

Juanón Lo que yo sea a usté se lo debo, que no olvido que fué usté mi compañera primero y después mi maestra.

Petra Es verdad y puesto que no lo has olvidao, trátame como entonces. No me hables de usté.

Juanón Es que usté es el ama y yo soy un criado.

Petra Los criados se fueron ya de esta casa, Juanón. Aquí no quedan ya más que amigos. Por eso quedan tan pocos.

Juanón Donde esté yo, estará siempre un buen amigo de usté.

Petra Di tuyo, hombre.

Juanón Pues tuyo, vaya, que sea. Tuyo... como entonces.

Petra ¡Ay, Juanón! Qué lejos están ya aquellos tiempos.

Juanón Pues a mí me parece que era ayer mismo cuando me enseñabas a leer ahí en esa mesa. Todavía me dan sudores. ¡Cuidiao si tardaban en entrarme las letras!

Petra Pues no eras tú de los más torpes, no.

Juanón Ya lo sé; y si no ahí está Quirino, que será más joven que yo, pero también es más bruto.

Petra Como que aún no sabe los mandamientos.

Juanón Pué que no le convenga saberlos.

Petra En cambio tú aprendiste muy pronto a rezar. La Salve sobre todo.

Juanón Anda, como que tú me dijiste, que pa poder hablar con la Pilarica, había que saberla, y yo estaba deseando poder hablar con ella. Me la figuraba una moza tan recia y tan guapa y tan buena pa con los pobres como tú, y la quería... Vamos, como te quería a ti, poco más o menos. Yo no sé qué confusión me hacía entre las dos. Unas veces empezaba pensando en ti y acababa pensando en ella; y otras me ponía a rezarle a ella... y resultaba que era a ti a quien le estaba rezando.

Petra No sabes lo que dices, Juanón.

Juanón ¡Vaya si lo sé! Yo me entiendo. Y mira, por lo mismo aprendí a escribir. Por el afán de saber poner el nombre de la Virgen y el tuyo. ¡Si tú supieras dónde los puse la primera vez!

Petra ¿Dónde?

Juanón ¿Sabes tú dónde está, hacia la linde de los

granados, una hondonada que hace el terreno, en que hay una encina junto a un arroyo?

Petra Sí.

Juanón Pues allí, una tarde, cuando ya iba yo sabiendo juntar las letras, se me ccurrió cortar una rama de la encina y poner sobre la tierra que estaba blanda porque acababa de llover, tu nombre y el de la Pilarica. Cada letra tenía una vara o más y eran más gordas que mi brazo. Como que se veían desde el altillo de San Roque.

Petra Te salió sobre la tierra lo que no te salía sobre el papel.

Juanón Es que me daba a mí el corazón que la tierra tenía que pagármelo, como me lo pagó.

Petra ¿Qué quieres decir?

Juanón Que aquello lo escribí yo en el invierno y tardé mucho en volver por el vallejo de la encina, y una mañana, ya muy entrada la primavera pasé por allí y vi que mis letras habían florecido. Tú sabes que en aquella parte del monte, en cuanto llega Mayo, nacen lirios, y margaritas, y amapolas; pues de lirios, y de margaritas, y de amapolas estaban cuajaos los surcos de las letras. Aquello parecía un milagro del cielo: parecía como si Dios hubiera dicho: «hay nombres que no pueden escribirse más que con flores... y ahí van flores pa que se escriban.»

Petra ¡Juanón!

Juanón Muchos años han pasao y aún se ven las huellas. Si vienes conmigo un día, yo te las enseñaré.

Petra Sí que iré, y eso me congraciará con la vida, porque me probará que hay algo más que miserias en el mundo.

Juanón Tú lo que tienes es que estás desengañá por la mala partida de Ramón.

Petra No te lo niego: le había tomado cariño.

Juanón Otro vendrá a quien quieras lo mismo y que valga más que ese descastao. ¿Te acuerdas del cuento que nos contaba la tía Simona, de aquella niña que tenía dos hermanas?...

Petra El cuento de la Cenicienta.

Juanón — El mismo. Pues el príncipe que llegó para aquella novia, tiene que llegar para ti, que lo mereces tanto como ella. Y llegará. Y aquel día va a ver alguien que lo va a celebrar más que tú misma.

Petra — ¿Quién?

Juanón — Yo. Juanón. Juanón que no pué tener alegrías sabiendo que tú lloras.

Petra — (Con aspereza.) A mí no me ha visto nadie llorar.

Juanón — Porque eres todo un hombre... Vamos al decir, ¡toda una mujer! Y sabes echar las lágrimas pa adentro cuando hay gente delante... pero yo te veo derramarlas por los rincones.

Petra — ¡Ay, Juanón! Si todos fueran como tú, no tendría yo que ocultarme para llorar.

(Por la puerta de la derecha entran en escena DOÑA GENARA y DON TRINIDAD.)

Trin. — Dejémosle que duerma.

Gen. — El pobre lleva dos noches sin pegar los ojos.

Petra — ¿Cómo le ha encontrado usted, don Trinidad?

Trin. — No sé qué decirte, hija mía.

Petra — Su enfermedad es ahora más del alma que del cuerpo. No lo dude usted, don Trinidad, si lo sacan del Sotillo, se muere.

Gen. — No digas eso.

Petra — Necesito decirlo, madre, para tranquilizar mi conciencia.

Gen. — ¿Tu conciencia?

Petra — ¿Verdad, señor Cura, que una buena hija puede hacerlo todo con tal de salvar a su padre?

Trin. — Según. ¿Qué quiere decir todo?

Petra — Todo es... todo. Yo no soy como mis hermanos; yo no entiendo a medias el deber.

Trin. — Tú eres un manojo de nervios, muchacha.

Cas. — (Por la izquierda, muy contenta.) Ahí está ya don Teodoro, señora ama.

Gen. — Gracias a Dios.

Sim. — (Por la derecha.) Ahí viene... ese.

Gen. — Vamos a su encuentro, don Trinidad. Anda, Petra. Dios quiera que él nos traiga la solución.

(Se van por el fondo Genara, don Trinidad, Petra y Juanón.)

Sim. (Murmurando.) ¡La solución! Maletas es lo que traerá... ¡Y ligas! Como el otro. Cada vez que me acuerdo de las ligas... Pondré un cubierto más en la mesa. (Se va por la derecha.)

(En la puerta del fondo aparece QUIRINO cargado con dos maletas, un portamantas y una cartonera.)

Quir. (A media voz.) Casilda.

Cas. (Sin querer mirarle.) ¿Qué quieres?

Quir. ¿Anda por ahí mi agüela?

Cas. Por ahí anda.

Quir. ¡Contra! Pus acércate que vas a hacerme un favor.

Cas. Di.

Quir. Sácame de la faja este cartuchero.

Cas. Sácatelo tú.

Quir. ¿No estás viendo que no puedo? M'ha dicho don Teodoro que no suelte las maletas hasta no llegar a su cuarto y no las suelto. Anda, saca el cartuchico.

Cas. (Sacándole de la faja un cartuchito.) Ya está.

Quir. Ahora ábrelo y rocíame con él.

Cas. Pero...

Quir. Date prisa, que pué venir la agüela. Es una ocurrencia que se m'ha ocurrío pa ver si hoy me libro de los golpes. ¡Hala!

Cas. ¿Qué es esto, Quirino?

Quir. ¿Qué ha de ser? Pimienta. Echame. (Casilda obedece.) Por aquí, por los brazos y por la faja... Echame en el pelo... así. Ahora que venga a olerme.

Cas. ¿Pero es verdad eso que dicen de ti, Quirino?

Quir. (Viendo salir a Simona.) Calla, ridiez, que está ahí la justicia.

Sim. (Por Quirino.) Hombre; gracias a Dios.

Quir. Agüela, respéteme usté, que vengo cargao.

Sim. ¿Dónde te has pasao la mañana, sinvergüenzón?

Quir. Cazanda gurriones.

Sim. ¿Cazando tú? ¿Con qué?

Quir. Con... ligas.

Sim. ¿También tú, sinvergüenza? (Levanta la mano.)

Quir. Agüela, que vengo cargao.

Sim. Espera, hombre, espera. Si aunque tú trates de engañarme he de saber la verdad. Si vendrás oliendo a sinvergonzonas como todos los días... ¿A ver? (Le huele una manga y queda angustiada con los ojos cerrados y la boca abierta. Casilda oculta la risa,)

Quir. (¡Anda, güele!)

Sim. (Estornudando.) ¿Qué t'has untao, Quirino? (Vuelve a estornudar.)

Quir. (¡Güele, güele!)

Petra (Entrando por el fondo como una tromba. A Quirino.) Tú: pon esos bártulos en el cuarto de arriba. (A Casilda.) Y tú, que vamos a comer muy pronto. Simona, lleva agua al cuarto de Teodoro, que querrá lavarse.

Sim. (Estornudando.) ¿Que t'has untao, Quirino?

Quir. ¡Otra! ¿Yo?...

Petra ¡Vamos!

(Casilda se va por la izquierda.)

Quir. (Haciendo mutis por la derecha.) (Tié coriza pa una semana.) (Mutis.)

Sim. (Haciendo mutis tras Quirino.) Yo creo que m'na dao el cloroformo, pero no le vale. (Vase.)

(Por la puerta del fondo entran en escena, GENARA, DON TRINIDAD, DON HONORIO, BRAULIO y TEODORO. Este último es joven y viste, también, con elegancia.)

Brau. Espera, yo veré si está despierto.

Teod. Sí. (Vase Braulio por la derecha.) ¡Qué ganas tengo de darle un abrazo!

Gen. ¡El pobre!

Teod. ¡Válgame Dios!

Trin. La vida, hijo mío.

Hon. Es verdad, señor Cura.

Brau. (Por donde se fué) Duerme aún.

Hon. Mejor: así podremos aprovechar este rato para combinar nuestro plán.

Brau. Nuestro plan ya le conoce usted, don Honorio. La llegada de Teodoro no lo ha modificado en lo más mínimo.

Petra ¿De manera que también tú estás decidido a consentir en la ignominia de que echen a padre de esta casa?

Teod. Estoy decidido a llevármele a la mía.

Brau. No podemos hacer otra cosa. Nuestras casas son vuestras.

Petra ¿Por cuánto tiempo? ¿Habéis echado la cuenta de lo que va a duraros la carga; de lo que tardará en morirse el pobre paralítico, y de lo que tardará en seguirle esta vieja desventurada? No os comprometéis a mucho. Si no vinísteis más que a eso, mejor fuera que no hubiéseis venido. Muerte por muerte, más piadoso es dejarlos morir aquí que llevarlos a que duerman el sueño del que no se despierta a una tierra extraña; a una tierra que no les conoce; a una tierra donde no dormirán tranquilos, porque no es la suya.

Trin. ¡Petra!

Petra Pero eso no será... no será, porque no debe ser; porque yo no he querido que sea.

Brau. Tú has podido salvarlos, Petra; no tienes derecho a recriminarnos.

Petra ¡Ah! Sí. Es verdad. Era yo la que debía sacrificarse, no vosotros. Para vosotros es mucho el reduciros algo, el prescindir del bienestar que disfrutáis; el contraer una deuda molesta; para mí no es nada dar la vida entera, renunciar a toda esperanza de felicidad en el mundo, casarme con un hombre que detesto. Vosotros que habéis sido la causa de la ruina del pobre viejo no tenéis obligación de devolverle ni una parte siquiera de lo que le debeis; yo que no he hecho otra cosa que ayudar a nuestra madre a sostener la casa que se hundía, tengo el deber de aceptar un esposo libertino, grotesco, odiado por todos. Vosotros por ahí fuera a gozar de la vida; yo aquí a pasearme del brazo del Vampiro, compartiendo con él las maldiciones que nos echen al pasar los infelices a quienes ha arruinado. Si no es eso la ley del embudo, debe andarle muy cerca.

Sim. (Que ha entrado en escena y ha oído esta parrafada de Petra.) (¡Así! Clarito para que lo entiendan.)

Gen. Por Dios, hijos, no os peleéis. ¡Si supiérais lo que sufro oyéndoos!

Petra Dice usted bien, madre. No hablemos más.

Hon. De manera que en definitiva...

Brau. En definitiva: que si don Tadeo no se aviene a concedernos un nuevo plazo... Teodoro se llevará a Burgos a unos y yo a Madrid a otros. Los tres en mi casa, no es posible.

Sim. ¿Eh? ¿Cómo? ¿Cada uno por su lado?

Petra ¿Separarlos?

Teod. Cada uno con uno de sus hijos. Como es natural.

Petra ¿Cómo es natural? ¿Usted lo ha oído madre? No me mande usted ahora que calle, porque no he de callar. Han pensado separarla del enfermo, separarme a mí también, de él o de usted ¿qué más da? Esto es demasiado. Pasa de la raya del egoísmo y llega a la del crimen.

Teod. ¡Petra!

Sim. Tiene mucha razón, ¡qué jorobeta! Eso es una barbaridad: sí, señor.

Brau. ¿También tú? ¿Desde cuándo los criados no son criados?

Sim. (Plantandose) Desde que los hijos no son hijos. (Desafiándole.) ¡Ea! ¿Qué hay? ¿Me vas a pegar?

Brau. ¡Simona!

Sim. Un hombre con ligas no le pega a nadie.

Gen. Por Dios, que me estais matando entre todos.

Trin. Vamos, vamos, Simona, y tú Braulio...

Hon. Sí; calma, por Dios.

Petra Es que hay cosas que solo el oirlas...

Trin. Comprendo que la intención de tus hermanos no ha sido...

Petra ¿La intención? Por fortuna estoy aquí yo, don Trinidad... mejor dicho, estaba aquí yo.

Trin. ¿Qué quieres decir?

Petra Que para salvar a mis padres... estaba aquí yo.

Juanón (Por el fondo.) ¡Don Tadeo! ¡El Vampiro! Ahí viene

Petra ¿Sólo o con el Juzgado?

Juanón Solo. (Petra respira satisfecha.)

Hon. ¡Es extraño!

Gen. Yo me voy entonces.

Petra No; quédese usted, madre. Dios no la abandonará. Tengo ese presentimiento. Yo soy la la que no debe estar aquí.

Brau. ¿Huyes a la hora del peligro?

Petra Eso es. Huyo. Soy cobarde.

Juanón (Aparte a Petra.) ¿Quieres que lo mate?

Petra Calla. ¡Viene solo! (Se va por la derecha.)

(Por la puerta del fondo entra en escena DON TADEO, hombre como de cincuenta y cinco años, bien vestido y con una cara de hipócrita que no se puede lamer. Tiene siempre en los labios una de esas sonrisitas que crispan y como todos los usureros no mira de frente. El que conozca a un usurero que mire cara a cara, que lo diga.)

Tadeo Buenas tardes a todos.

Hon. Venga usted con Dios, don Tadeo.

Gen. Buenas tardes.

Sim. (A Genara.) No le conteste usted al saludo.

Tadeo Hola, señor Cura. Me daba el corazón que iba a encontrarmele aquí. ¡Je, je!... Porque como dicen que soy el demonio, le habrán avisado para que evite con su presencia cualquier maleficio. ¡Je, je!...

Trin. Nadie me ha avisado.

Tadeo Haré como si lo creyera... ¡Je! je!...

Trin. Veo que viene usted de buen humor.

Tadeo Yo siempre estoy alegre. En cambio aquí hay cada cara de vinagre... ¡Bah! No me extraña. Estoy acostumbrado a que me reciban así en muchas partes. Y no me explico la razón. Yo no voy nunca a pedirle a nadie más que lo mío.

Teod. Algo aumentado por lo general.

Tadeo Son los intereses naturales.

Brau. Y los sobrenaturales.

Tadeo ¡Je, je!... Esas son calumnias. Voces que hacen correr los tramposos. Cuando me necesitan me llaman su providencia y luego... a la hora de pagar..

Brau. Bueno, si a usted le parece, trataremos del asunto que le trae a esta casa. Dispense que nuestro padre no esté presente. Su enfermedad no le permite...

Tadeo Siento no ver al señor Saturio.

Todos Nosotros le representamos.

Brau. Además, y aunque nos extraña que venga usted solo, suponemos lo que ha de decirnos.

Tadeo Mucha es tu penetración, muchacho. Me fi-

guro que no te enfadaras porque te hable de tú. Te conozco desde que naciste...

Brau. Háblemę usted como quiera, con tal de que lleguemos pronto al fin de este enojoso asunto.

Tadeo ¿Enojoso? No hay nada menos enojoso que mi visita de esta tarde. No vengo a reclamar nada.

Teod. Pero... ¿no es hoy el día señalado para el embargo?...

Tadeo Era; pero ¿quién calcula lo que puede suceder de un día a otro?

Brau. ¿Qué quiere usted decir?

Tadeo Que ya no soy acreedor del señor Saturio. Cuanto deben ustedes me ha sido pagado esta mañana. (Asombro de todos.) ¡Je, je! El Vampiro no es siempre portador de malas noticias.

Gen. ¿No es una broma de mal gusto, don Tadeo?

Tadeo ¿Broma? Aquí están los recibos y los pagarés y las letras: Siento no entregarlas al señor Saturio, como ofrecí, pero ustedes se las darán en mi nombre. (Entrega a Genara varios documentos.)

Gen. ¿No estoy soñando, hijos míos?

Trin. ¡Bendito sea Dios!

Brau. Pero ¿a quién debemos esto?

Tadeo A una persona, cuyo nombre no puedo decir y que ha estado en mi casa esta mañana y ha pagado vuestras deudas.

Juanón ¿Quién habrá sido, tía Simona?

Sim. San José bendito, Juanón.

Teod. Pero ¿quién ha sido, don Tadeo?

Tadeo He ofrecido callarlo... y yo no falto a lo que prometo.

Gen. ¡Esto es un milagro del cielo!

Brau. Nosotros necesitamos saber el nombre de nuestro bienhechor.

Teod. Intentaremos averiguarlo por todos los medios.

Tadeo Eso... allá ustedes. Yo no he de faltar a mi promesa. Y no les canso mas. Ustedes necesitarán hablar mal de mí. ¡Je, je! y no quiero retrasaros ese gusto. Sea enhorabuena y no vayan a sospechar que soy yo quien les hace el obsequio, ¿eh?

Trin. Sobre ese punto puede usted irse tranquilo.

Sim. Ya lo creo. Usted no es hombre de esos.

Tadeo Yo no regalo los miles de duros, es verdad, pero convengamos en que tampoco soy un demonio tan temible que sea necesario llamar al Cura para que contrarreste el mal influjo de mi presencia. Por lo menos hoy he sido un diablillo bastante bonachón. Y en lo sucesivo, cuando oigan decir que yo solo entro en las casas para robar el dinero que hay en ellas, pueden contestar que a veces también entro para llevarlo... ¡Je, je! ¡Cosas del Vampiro!... ¡De ese bribón del Vampiro! Vaya, buenas tardes, señores y que sea enhorabuena. ¡Que sea enhorabuena!... (Vase por el foro.)

Trin. Dios mira especialmente por esta casa, doña Genara. Bendigámosle,

Gen. Sí; bendigámosle siempre.

Hon. Se acabaron las penas, señora.

Gen. ¡Qué felicidad!

Brau. ¿Pero a quién deberemos esta ventura, madre?

Juanón Dice la Simona que San José ha hecho ya eso varias veces.

Sim. Sí, señor.

Petra (Por la derecha.) Padre se ha despertado y está llamando.

Teod. ¡Por fin! (Mutis por la derecha.)

Petra Vayan ustedes.

Gen. ¿No sabes lo que ocurre, hija?

Petra Sí: lo he oído todo, madre. Por eso les digo que vayan a dar la noticia al enfermo. Yo iré después.

Brau. ¿Pero así lo dices? ¿No te alegra lo sucedido?

Gen. ¿No compartes nuestra alegría?

Petra ¿No he de compartirla?

Sim. Nadie lo diría al ver tu cara.

Hon. Es verdad.

Petra Lo que hay que mirar no son las caras, sino los corazones.

Brau. Nunca has de ser tú como los demás.

Petra Es verdad: nunca.

Trin. ¡Petra, Petrilla!...

Petra Déjeme usted, señor Cura; déjeme usted.

Gen. ¿Entra usted, don Trinidad?

Trin. Luego. Voy a dar una vuelta por casa. Os dejo con vuestra alegría. Hasta ahora.

Gen. Hasta después.

(Vase don Trinidad por el fondo.)

Hon. Hay que creer en los milagros, doña Genara.

Sim. Yo, de otros santos no sé que decirle, pero de San José... ¡Anda! No ve usted que fué carpintero y vió en el mundo lo que era la pobreza...

(Hacen mutis por la derecha, Genara, Braulio, don Honorio y Simona. Petra queda triste, como anonadada.)

Juanón (Después de observarla breve rato.) ¿Sabes que tienen razón? Cualquiera pensaría que no estás contenta.

Petra Y no lo estoy, Juanón; no lo estoy.

Juanón ¿Te has vuelto loca? Tú no has tenido nunca otro pío que el bien de los viejos.

Petra Y esa ha sido mi desgracia.

Juanón ¿Desgracia que tu padre se haya salvado?

Petra (Llorando.) Sí, porque me ha costado mucho su salvación.

Juanón ¿Qné tienes? ¿Por qué lloras así?

Petra ¿No lo comprendes, Juanón? Don Tadeo ha mentido. Nadie le ha dado ese dinero. Le han pagado, sí, pero no con dinero; con algo que vale mucho más, muchísimo más.

Juanón Petra... explícate más claramente.

Petra ¿Te parece que no hablan bastante claro mis lágrimas y mi desesperación?

Juanón No; porque lo que me haces pensar no puede ser... Vamos ¡que no puede ser!

Petra Pues es... ¡es! Y tú lo has visto, Juanón, ¡tú! ¿No seguiste anoche a una mujer hasta casa del Vampiro?...

Juanón ¡¡Petra!!

Petra Aquella mujer era yo, ¡¡yo!!

Juanón ¡Tú! (Llorando.) ¡¡Tú!!

Petra Hice mal en salvar a ese precio a mi padre ¿verdad? ¿Verdad, Juanón?.., ¡¡No me desprecies!!

Juanón ¿Despreciarte?... ¿Y por eso? Pero si desde que lo sé me pareces más buena que antes.

Petra Soy la más miserable de las mujeres. Ahora ya no pondrás mi nombre junto al de la Pilarica.

Juanón ¿Por qué no? (Secándose las lágrimas a manotones.) Luego vamos a ir los dos al vallejo de la Encina.

Petra ¡¡Juanón!!

Juanón Y si hay justicia en el mundo... ¡Si hay justicia en el mundo estoy seguro de que mis letras han vuelto a florecer!

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día

—

(Están en escena, cerca del hogar y acabando de comer, CASILDA, ANTONIA, DIONISIA, QUIRINO, MELANIO y el TIO CHILINDRA. Antonia y Dionisia son dos mozas de pocos años. Melanio es un bobalicón que apenas ha cumplido los veinte, y el Tío Chilindra es un viejo que lleva muy guapamente sus sesenta y tantos. Salvo Melanio que sólo se ocupa en engullir mucho y aprisa, los demás conversan a media voz y como si conspiraran.)

Quir. Y eso no es lo pior, sino que dicen que fué ella la que le escribió al Vampiro diciéndole que la aguardara.

Cas. A mi tía Romana li dijo Serapia, la suegra del primo de la Molinera, que su hermana Lucía había estao hablando con Remigio, el novio de la sobrina del tío Currico el cartero, y que ice el tío Currico que él le había llevao una carta echá en el pueblo, al Vampiro, que esté en gloria y que el Vampiro la abrió delante de él y al leerla le entró como un temblor de alegría.

Chil. ¿Y eso lo ha dicho Currico?

Cas. Sí, señor; es decir Serapia, digo Romana, mejor dicho el novio de Remigio, digo el primo de la Molinera.

Ant. En el pueblo no se habla de otra cosa.

Quir. Anda, como que esta mañana oí yo una conversación entre Baltasar el del parador y el tío Roque el albeitar que me dejó clavao en el suelo.

Cas. ¿Qué decían, Quirino?

Dion. Dí.

Ant. Cuenta.

Chil. (Viendo salir a Simona por la puerta de la izquierda.) ¡Cuidiao!

Cas. (En voz baja a Quirino.) Disimula.

Quir. (En alta voz.) Venga otra, tío Chilindra, que usté las ensarta en un vuelo.

Sim. (Colocando en la mesa una fuente con ensalada.) Aquí está esto. (Melanio se acerca la fuente y muy calladito da buena cuenta de ella.)

Cas. Sí; otra, tío Chilindra.

Chil. ¡Ridiós, que llevo ya catorce!

Ant. ¡Ande usté!

Chil. Güeno: amos a ver esta.

Dion. A ver: a ver. (Simona, queda trajinando de aquí para allá y gruñendo alguna que otra vez.)

Chil. (Dándose una gran importancia.) Mi primera es una letra. Mi segunda en la higuera. Mi tercera es lo mejor del mundo y el to es un cumplío. (Piensan todos un momento, excepto Melanio que no piensa más que en comer.)

Quir. ¡Contra! No atino, tío Chilindra.

Cas. Sí que es difícil.

Chil. Pues está saltando. Mi primera es una letra: A. Mi segunda en la higuera: Iga. Mi tercera es lo mejor del mundo: Salú: Y el to es un cumplío: Ha-iga-salú.

Dion. ¡Muy bien que está!

Quir. ¡Cualquiera la acertaba!

Cas. A mí tan complicás no me gustan.

Chil. Pus allá va una sencillica.

Cas. Amos a ver.

Quir. ¡Callarse!

Chil. La primera, la hacen los bueyes. La segunda la hacen las personas y el todo lo hacen las carretas. (Vuelven todos a pensar.)

Quir. No caigo.

Cas. Ni yo.

Ant. ¡La hacen las carretas!...

Dion. ¿Como es, tío Chilindra?

Chil. La primera la hacen los bueyes: mu. La se-

gunda la hacen las personas: danza. Y el todo lo hacen las carretas: mudanza.

Cas. ¡Es verdá!

Ant. ¡Qué bonita!

Quir. (Como iluminado.) Callarse, que me está cuajando una en la caeza.

Chil. ¿Tú?

Quir. ¡Ya está!

Chil. Venga, hombre, venga.

Quir. La primera se le echa a los guisos: eso es. La segunda la llevan los curas, y el tó... se pesca con anzuelo. (Muy satisfecho.) A ver esta. (Piensan todos.)

Chil. ¿Dices que la segunda la llevan los curas?

Quir. Sí, señor.

Chil. ¡Contra, no atino!

Ant. Ni yo.

Quir. Pus está mu claro.

Chil. A ver, chiquio, a ver.

Quir. La primera se le echa a los guisos: sal.

Chil. Justo.

Quir. La segunda la llevan los curas: monete.

Cas. Es verdá.

Quir. Y el todo se pesca con anzuelo: salmonete.

Chil. ¡Pus es bonita!

Dion. Ya lo creo.

Quir. Pa que digais luego que no discurro. (A Simona.) Agüela, tráiganos la ensalada.

Chil. Es verdá.

Sim. ¿Otra vez? Si os la he puesto hace un rato.

Quir. ¡Contra! (Quitándole la fuente a Melanio y viendo que está vacía.) ¿Qué has hecho con la ensalada, Melanio?

Mel. Comérmela; ¡como yo no entiendo de charadicas!...

Quir. ¡Si serás bruto!

Cas. ¡Qué desahogao!

Chil. ¡Vaya un diente! ¡Como salgas a tu padre!...

Mel. A él salgo.

Chil. Pues tu padre dicen que se come las nueces con cáscara y tó.

Mel. Las nueces, no, señor, pero las almendricas, ¡ya lo creo! (Sigue comiendo.)

Quir. No engullas más, piazo e bruto, que aluego tiés que levantarte y no vas a poder. (Simona inicia el mutis por la izquierda.)

Cas. (En voz baja.) Ya se va.

Quir. (Idem.) Calla. (Vase Simona.)

Chil. (A media voz.) Mira a ver si sube.

Cas. (Se levanta y se acerca de puntillas a la puerta de la izquierda.) ¡Sube! (Vuelve a su sitio.)

Quir. ¿Por dónde iba?

Cas. Por lo que le decía el albéitar al del Parador.

Ant. Al revés.

Dion. Eso.

Chil. Cuenta, Quirino.

Quir. Pus le decía... «Toas esas son monsergas, tío Roque: al Vampiro, que en gloria esté, no le pagó nadie, porque la Nicasia, su ama de llaves, no vió entrar en la casa a persona denguna.» Y como la Ramoncha, la de la huerta, jura y perjura que antes de clarear vió salir a la Petra de la casa del Vampiro, pus... póngale usté antiparras a ese mozquito.

Chil. ¿Pero dice eso la Ramoncha?

Dion. A tó el que quiere oírselo.

Ant. En la botica lo dijo el domingo, que lo escuchó mi tía Micaela.

Cas. Pus yo había oído dicir que quien la vió salir no fué Ramoncha, sino el tío Baules, ese que toca la campanica en la estación pa que salga el tren. El mismo que llevó al Vampiro a su casa el día que lo atropelló el mercancías.

Dion. ¿Y cómo fué el atropello, tú?

Cas. Toma, que en el paso a nivel no pusieron la cadenica, y al atravesar el Vampiro en su carricoche, le alcanzó la comolotora, y en seis horas se fué al otro mundo.

Quir. Y tardó seis horas porque le cogió el mercancías, que si le coge el rápido, tarda menos, porque ese trae más juerza.

Chil. De güena se ha librao muriéndose, porque hay una armá en el pueblo...

Quir. ¡Anda! Hasta la duquesita m'ha hablao a mí esta mañana del particular. (Casilda se levanta indignada.)

Ant. (Seria.) Vergüenza debiera darte de hablar con nosotras de esa mujer.

Quir. ¡Je, je! ¡Ya quisieras tú!

Chil. ¿Pero todavía vas a verla, Quirino?

Quir. Tós los días. Y esta mañana tenía una cosa que llaman kimono y unos zapaticos blancos...

Cas. No quiero oirte.

Dion. Ni yo. (Antonia, Casilda y Dionisia, muy indignadas, se retiran al fondo, hablando muy bajo y gesticulando mucho.)

Quir. (A media voz, al tío Chilindra.) ¿Está usté viendo? (Por las mozas.) Toas se creen lo que no es cierto.

Chil. ¿Pero no es verdad que vas a casa de la duquesita?

Quir. Es verdá: toas las mañanas, pero no la veo nunca.

Chil. ¿Qué dices, maño?

Quir. Que yo voy a la casa a sacarle del pozo treinta cubeticas de agua pa llenarle el baño, y me dan ocho riales al mes, pero como la agüela se creyó otra cosa y empezó a pegarme, pus la gente ha creído que yo voy allá... a otros menesteres piores, y tengo el gran cartelico. La que más y la que menos está por mí...

Chil. (Levantándose.) Sí que discurres, Quirino.

Quir. (Idem.) A mí me atizan, pero los ocho riales y el cartelico no me los quita nadie.

Sim. (Por la izquierda.) Ea, a la obligación.

Mel. (Que no cesa de comer.) ¡Ridiez! ¿Acá no dan postre?

Chil. ¿Toavía más, Melanio?

Quir. ¿Pero cómo te arreglas pa que te quepa tanto?

Mel. Porque de cuando en cuando le echo agüica. (Coge un piporro, lo empina y se lleva cinco minutos bebiendo.)

Quir. (Plantándose ante las mozas.) Güen provecho, mañas.

Cas. (Haciéndole un gesto de desprecio.) ¡¡Ah!! (Se va por la izquierda.)

Quir. (A Dionisia y Antonia.) ¿Qué la pasa a la Casilda?

Ant. y Dion. (Despreciativamente, como Casilda.) ¡¡Ah!! (Mutis por la izquierda.)

Quir. (Satisfechísimo.) (Muertecicas están.) Amos, tío Chilindra.

Chil. (Viendo a Melanio que no deja de beber.) Aguarda, hombre, que voy a ver cuando rebosa.

Quir. Déjelo usté, que si no vamos a tené que ayudale a levantarse.

Chil. Tienes razón. (Se van por el foro.)

Sim. (Viendo que Melanio continua bebiendo.) ¿No te ahogas, maño?

Mel. (Dejando de beber.) No, señora, que respiro por las narices.

Sim. Ea, pus hala, que vienen ahí los amos.

Mel. (Levantándose.) Ya voy.

Sim. Vete a la huerta, que ya te dirán lo que tienes que hacer.

Mel. Sí, señora. (Inicia el mutis por el fondo.)

Sim. (¡Lo que ha comido, Virgen Santa!)

Mel. (Desde la puerta.) Una pregunta.

Sim. Tú dirás.

Mel. ¿Acá dan merienda?

Sim. ¡¡Rejorobeta!!

Mel. Porque en la hacienda donde yo he servido, nos daban a media tarde unas magras, o un potaje, o un lechoncico. ¿Acá qué dan?

Sim. Acá... magras.

Mel. Pus de aquí a luego. (Vase.)

Sim. (Gruñendo.) ¡Animal! Estamos divertidos con este zopenco, que come más que once escribanos... Ya te pondré yo a dieta, ya...

(Por la puerta de la derecha entran en escena GENARA y BRAULIO.)

Brau. Pues aún nos queda por hacer una gestión, madre. Acaso en el Juzgado se figuren quien ha podido ser nuestro protector. Esa gente de la curia lo sabe todo, lo indaga todo. He de preguntarlo. No me resigno a la idea de volver a Madrid sin saber a quién debemos un favor tan inmenso.

Gen. Yo insisto, hijo mío, en que fué un ángel del cielo.

Brau. Mal relacionados están los ángeles en el mundo.

Gen ¿Por qué?

Brau. Porque el nuestro no se valió de otro ángel, ni mucho menos, para venir a salvarnos.

Gen. Deja en paz a los muertos, Braulio.

Brau. He dicho solamente que el Vampiro no fué un ángel, lo cual no me parece una calumnia. Lástima que haya muerto así tan de

repente, sin decirle nada a nadie de aquello. ¿Verdad, Simona?

Sim. (Contestando con un gruñido.) ¡Hum!

Gen. El señor cura tal vez haya sabido...

Brau. No: cuando don Trinidad acudió para confesarle, ya no conocía. Don Honorio es el único que puede saber algo, porque lo llamó para hacer testamento, y dicen que estuvo encerrado con él más de una hora. Pero si lo sabe guarda bien el secreto, porque yo no he podido sacarle ni media palabra.

Gen. Puede que lo ignore también.

Brau. (A Simona, con cierta chunga.) Tú sigues creyendo que fué San José, ¿no?

Sim. (Gruñendo de nuevo.) ¡Hum!

Brau. Porque como fué carpintero...

Sim. (Procurando contenerse, pero estallando.) Yo creo... lo que creo. Y aunque vieja, revieja, no estoy tan apagada de luces como tú te crees. Todavía sé yo muy bien dónde me aprietan el zapato... y las ligas. (Recalcándolo muchísimo.) ¡¡Las ligas!! Que es cosa que sólo las gastamos las mujeres, eso es. (Haciendo mutis por la izquierda y muy satisfecha de la rociada.) (¡Anda! ¡Vuelve por otra, calzón corto, vuelve por otra!) (Vase.)

Brau. (Riendo.) Es divertidísima.

Gen. Te complaces en quemarle la sangre, Braulio.

Brau. Yo no, madre. Mas bien ella a mí. Le han preocupado mis ligas de un modo, que yo creo que no duerme.

(Por la puerta del foro entra TEODORO.)

Teod. Buenas tardes.

Gen. Hola, hijo mío. ¿De dónde vienes?

Teod. De dar un paseo delicioso. He llegado hasta el pueblo y he dado luego la vuelta por el robledal.

Brau. ¿Has hablado con alguien por ahí?

Teod. Sí, pero nada. El misterio continúa impenetrable. Nadie sabe, nadie se figura, nadie supone. En fin, qué le hemos de hacer, tendremos que quedarnos con la curiosidad. Lo principal es que el bien está hecho y todos contentos y tranquilos.

Gen. Es verdad.

Brau. Ahora lo que es preciso, madre, es que no se repita lo pasado, que avisen ustedes al primer tropiezo.

Teod. Claro.

Gen. Para nosotros ya no es fácil que haya tropiezos. Libres de deudas, el Sotillo nos dará con exceso lo que necesitamos para los cuatro días que nos quedan de vida. Nuestra ruina se había venido fraguando poco a poco, desde hacía muchos años. Vuestros estudios primero, luego vuestros casorios, que también ocasionaron gastos, y por último, la enfermedad de vuestro padre. Si no hubiera sido por Petra, la catástrofe hubiera sido mucho antes, porque una casa como esta, sin un hombre que la dirija...

Brau. De eso precisamente teníamos que hablar con usted Teodoro y yo.

Teod. Es cierto.

Brau. Nosotros, madre, no somos capaces de regatear méritos a nuestra hermana. Petra vale mucho, es un carácter y tiene condiciones excepcionalísimas, pero abundamos en esa opinión que acaba usted de manifestarnos. No creemos que baste con ella sola para explotar una finca como ésta. Si se casara con Ramón, que es lo que debe hacer, ya sería otra cosa.

Gen. ¿Pero Ramón piensa nuevamente?...

Teod. Sí, señora.

Brau. Lo de Ramón, oyéndole a él, tiene cierta justificación. Claro que el haber vuelto la espalda cuando vió la ruina, no estuvo bien, ni yo he de defenderle, pero él comprendió que si se casaba, comprometía los pocos bienes que le restan y como no solo se vive de cariño...

Teod. Además, que siendo él administrador del Marqués y debiendo ustedes al Marqués la renta de cuatro años...

Gen. Todo eso está muy bien, y por mí, con decirles a ustedes que no les guardo rencor, creo que les digo bastante, pero no sé si Petra...

Brau. Petra tiene buen sentido y accederá a lo que conviene a todos. Es su porvenir.

Teod. Qué duda cabe.

Brau. Además, que sabremos ponernos serios con ella.

Teod. (Mirando hacia la puerta del fondo.) Silencio. (Por la puerta del fondo entran en escena DON TRINIDAD y RAMON. Este es un medio señorito, medio labriego, de unos treinta y cinco años, muy socarrón y una chispita mal encarado. Es el sinvergüenza de esta obra: un emboladito. Perdone el actor a quien le toque esta chirla, pero es un personaje que hace mucha falta.)

Trin Felices tardes nos dé Dios.

Gen. Muy felices, don Trinidad.

Ramón Salud, tía Genara. Hola, primos.

Gen. ¡Ah! ¿Eres tú, Ramón?

Trin. El mismo. Me ha suplicado que le acompañe y aquí estamos.

Gen. ¿Pero es que Ramón necesita introductores para venir a esta casa?

Trin. El cree necesitar por lo menos un fiador y por eso me ha buscado.

Gen. Hombre, ¿un fiador?

Ramón (Un poco azorado) Mire usté, tía Genara, yo comprendo que me he portado mal con Petra y con ustedes; y aunque ya a Braulio y a Teodoro les he dicho que me duele lo que hice y que estoy arrepentido de verdad; quería decírselo también a ustedes y a Petra, y por eso el aquél de esta visita.

Gen. Nosotros no somos rencorosos, Ramón. Lo que pasó, pasó; y no volvamos a acordarnos de ello.

Trin. Es que Ramón no piensa solamente en lo pasado, piensa también en el porvenir, doña Genara.

Gen. Lo sabía, don Trinidad. Mis hijos hace un momento me hablaban del asunto con deseos de conciliación.

Ramón Y yo le agradezco a los dos lo que hacen por mí Ellos saben que mi deseo es que las cosas vuelvan a estar como estaban.

Gen. Por mí...

Trin. Ramón declara—y lo digo porque me ha encargado que sea intérprete de su sentir—que procedió con poca generosidad, tal vez con poca delicadeza, al desistir de la boda cuando supo la completa ruina de esta casa,

pero hace constar al mismo tiempo, que aquella mal meditada resolución, de la que está pesarosísimo, no significaba la menor merma de su cariño hacia Petra. (A Ramón.) ¿No es esto lo que querías que yo dijera y garantizara?

Ramón Eso. Yo me asusté, tía Genara. Al enterarme de que el tío Saturio estaba en las garras del Vampiro, como sabía cómo las gastaba ese hombre, me dije: si me caso, lo mío también peligra; me asusté. Pero yo he querido siempre a Petra, por eso ahora...

Gen. Mira, en realidad, lo que vienes a decir no es a nosotros, sino a Petra a quien tienes que decírselo.

Ramón Ya lo sé, pero como en estos días he pretendido hablar con ella varias veces y me ha vuelto siempre la espalda, quisiera que ustedes me ayudasen a desenojarla. Sé que Braulio y Teodoro están de mi parte, si usted también se pone de mi lado...

Gen. Yo no tengo más voluntad que la de mis hijos, si ellos están conformes y tu arrepentimiento es sincero y la sigues queriendo de veras...

Ramón De veras tía, Genara.

Gen. En ese caso... (Sale SIMONA por la izquierda y queda como la qué ve visiones oyendo a Genara.) no te oculto que veré con muy buenos ojos que logres convencer a Petra y que os caseis cuanto antes.

Ramón ¡Muchas gracias, tía Genara!

Gen. Petra necesita un marido y esta casa necesita un hombre que mire por ella; para todo eso nadie hay mejor que tú, que llevas nuestra sangre y has tenido siempre nuestro cariño.

Sim. (Sin poderse contener.) ¡Muy bien! Y a la vergüenza que la parta un rayo.

Gen. (Severa.) ¡Simona!...

Ramón (Con aspereza.) ¡Simona!...

Trin. (Riendo cariñosamente.) ¡Pero Simona!

Sim. (Desafiando.) Simona, sí, señor; Simona, que no se muerde la lengua. ¡Ea!... ¿Qué hay?

Brau. Nadie te ha dado vela en este entierro.

Sim. Pues voy sin vela.

Teod. Bueno, calla, déjanos.

Sim. ¡No me da la gana! ¡Qué déjanos ni qué jorobeta! (Por Ramón.) ¿Es que no voy yo a poder decirle a este... caballero cuatro verdades? ¿No voy yo a poder hablar?

Gen. Faltando al respeto no, Simona.

Sim. Está bien: me callo. Siempre he de ser yo la que tiene que callarse. Oye una judiada y calla, Simona; ve una maldad y calla, Simona, que no le puedes llamar al pan pan y al vino vino; hasta que un día reviente, y ese día al pan y al vino le voy a llamar vinagre. (Jurando.) Míralas: lo he jurao.

Trin. Vamos, sosiégate.

Brau. (A Ramón.) No la hagas caso.

Ramón Ya estoy en ello, Braulio. No sabe lo que dice.

Sim. (Revolviéndose.) ¿Que no se lo que digo, grandísimo sinvergonzón?

Gen. Vete, Simona, vete.

Sim. (A Ramón.) Remángate un pernil.

Ramón ¿Eh?

Sim. Porque me está dando en la nariz que tú también... Anda, remángate un pernil.

Brau. Sí, hombre, dala gusto.

Ramón Pero...

Brau. (Aparte a Ramón.) Es que la ha tomado con las ligas, ¿sabes?

Ramón ¡Ah!

Sim. No te atreves, ¿eh?

Ramón Sí, mujer, mira. (Se remanga un pernil y le enseña las ligas.) ¿Qué pasa?

Sim. (Acercándose a él y haciéndole una ordinarísima reverencia, diciéndole con toda su alma.) ¡Señora! (Hace mutis por la izquierda muy desahogada, guiñando un ojo y diciendo con el ademán algo así como «toma tripital.» Todos sueltan la carcajada.)

Gen. Hay que perdonarla. Son ochenta años.

Trin. Es verdad. ¡La pobre!

Gen. ¿No entras a ver al tío Ramón?

Ramón (Que mira por la puerta del foro.) Veo venir a Petra y quisiera hablarla, tía Genara.

Gen. Pues con ella te dejamos. Que Dios te ilumine.

Trin. Buena suerte, muchacho.

Brau. Más que suerte, buena mano derecha.

Ramón Se hará lo que se pueda, primo Braulio.

Teod. Hasta luego.

(Hacen mutis por la derecha Genara, don Trinidad, Braulio y Teodoro. Un momento de pausa y entra por la puerta del foro PETRA. Trae flores, que al entrar deja sobre una mesa y se dispone a arreglarlas sin advertir la presencia de Ramón.)

Ramón ¡Petra!

Petra (Extrañada.) ¿Eh?... ¿Estabas tú aquí?

Ramón He venido a ver a los tuyos y a decirte algo que es necesario que me oigas.

Petra ¿Qué quieres decirme?

Ramón Ya puedes figurártelo, Petra.

Petra ¿Y no sabes de antemano mi respuesta? ¿Crees que yo soy de las que se vuelven atrás como tú?

Ramón Vamos, Petra; perdóname.

Petra Perdonado estás. Y puedes agradecérmelo, porque no sabes tú todo el mal que me has hecho.

Ramón Pues si te he hecho mal, déjame que lo deshaga.

Petra ¿Cómo?

Ramón Casándonos.

Petra Yo no puedo casarme ya, Ramón.

Ramón ¿Por qué?

Petra Porque me abandonaste cuando más necesitaba yo que me ampararas, y ahora... ya es tarde.

Ramón Es que mi arrepentimiento es sincero. ¿Qué más quieres?

Petra ¿Y qué más quieres tú que mi perdón?

Ramón Que me devuelvas el cariño que me tenías.

Petra Ojalá pudiera devolvértelo. Esa sería mi felicidad. Pero para devolverte yo aquél cariño sería menester que tú me devolvieras todo lo que por tu culpa he perdido. La propia alma que yo te dí y que no es esta que me has dejado.

Ramón Mira, Petra...

Petra Aquélla no creía lo que ésta cree; aquélla se figuraba que el que quería de veras a una mujer, no sólo no huía de los sacrificios, sino que los buscaba y se complacía en ellos; aquélla creía que para ser feliz bastaba tener un brazo en que apoyarse y un corazón

en que confiar y un pedazo de tierra al que sacarle un mendrugo, y que el que tenía eso podía reirse de las penas, porque podía decirles: «yo soy más fuerte que vosotros...» Devuélveme el alma que creía esas cosas y ya verás qué pronto te devuelvo yo el cariño que te he perdido.

Ramón Siempre fuiste aficionada a soñar, Petra.

Petra Por eso tú me has despertado. Has hecho bien. Pero al despertarme he dejado de verte como yo me imaginaba que debías ser, y, cuando te he visto cómo eres, no es que no pueda quererte, Ramón, es que no puedo ni odiarte siquiera... ¡El odio está demasiado cerca del cariño! Siento por ti... no sé si desprecio o indiferencia. (A un gesto de Ramón.) No te enfades; acaso no seas tú mismo el que me inspira este sentimiento, sino lo que está detrás de ti... ¡Es el mundo, son los hombres, es la vida la que me da asco!

Ramón ¿No me ves como soy Petra? Ahora es cuando te equivocas al juzgarme. Si yo fuera como tú me supones, en vez de estar ahora aquí suplicándote, estaría muy lejos, avergonzado de haberte querido.

Petra ¿Eh?

Ramón Pero estoy a tu lado... a pesar de todo, y eso, si no es motivo que te impulse a quererme, debe ser causa que te obligue a no despreciarme.

Petra (Asombrada.) ¿Qué quieres decirme, Ramón?

Ramón ¡A qué hablar!

Petra Sí, habla. Por el cariño que dices que me tienes, habla! ¡Dí!

Ramón ¡Qué he de decirte! ¡Que mis oídos, que no quisieran oir, oyen, Petra... Y tu nombre no es ahora río claro que corre por arenas. Ahora hay guijarros en la corriente y los guijarros suenan al ser arrastrados, y, lo que es peor, remueven el fondo y enturbian las aguas.

Petra (Sin atreverse a decir lo que piensa.) De modo que de mí... se... se habla; se...

Ramón Sí. Pero yo, a pesar de todo, te quiero, Petra.

Petra ¿Pero qué dicen de mí, Ramón? ¿Qué hablan? ¡Dímelo!

Ramón ¿A qué decirte lo que tú... ya sabes?

Petra ¡Y tú!...

Ramón Yo...

Petra ¿Qué?...

Ramón Por encima de todas esas calumnias, ¡te quiero!

Petra (Entre admirada y reconocida. ¡Ramón!

(En este momento entra en escena por la puerta del foro JUANÓN. Trae un gran haz de leña y una cuchilla de podar.)

Juanón Ya acabé de podar las encinas. ¡Ah! Que estaba aquí Ramón. Buenas tardes, Ramón.

Ramón (Sin mirarle.) Dios te guarde. Adiós, Petra, voy a ver al tío Saturio. Piensa en lo que acabo de decirte. Por encima de todas esa calumnias... ¡te quiero! (Juanón deja caer de golpe el haz de leña al suelo, asustando a Ramón.) ¿Qué haces, hombre?

Juanón (Con la mayor naturalidad.) Ya lo ves, descargarme.

Ramón (A Petra.) Hasta luego. (Se va por la derecha.)

Juanón (Tras una pequeña pausa.) ¿Ha venido en son de paz?

Petra Sí.

Juanón Entonces a mí me parece que debes casarte con él. El no sé si es bueno, pero te quiere a su manera y tú... si no lo quieres, lo has querido, que ya es algo.

Petra Yo no puedo casarme, Juanón.

Juanón Vuelta a lo mismo. Tú no has dejao nunca de ser buena, Petra. Esas cosas que tú dices de la honra, son según se las mire.

Petra ¡Juanón!

Juanón Según se las mire, ¡contra! En el mundo no es verdá tó lo que lo parece. Hay quien roba, y aunque robe de veras, no es ladrón.

Petra ¿Qué sabes tú?

Juanón Ahí tienes al tío Nemesio: acuérdate. Se le moría el hijo de esas anginas malas, y acá en el pueblo no había esa medicina que dan en el Ayuntamiento. Y el tío Nemesio se fué al pueblo de al lao a buscarla; pero como había feria, el Ayuntamiento estaba cerráo y nadie quiso hacerle caso. Y él dijo, no me la dan, pues la robo; y escaló la casa y estuvo rompiendo mesas y armarios hasta que

encontró la medicina. Y al salir quiso uno detenerlo y lo derribó de un estacazo. ¡Eso! Y echó a correr y llegó a tiempo, y el hijo que se le ahogaba, sanó. ¡Sanó, contra! Y luego el tío Nemesio a la cárcel... ¡y después absuelto! Yo fuí testigo del juicio. Y robó, sí, señor; pero no le llamó ladrón nadie; que cuando el tío Nemesio explicó al jurao el por qué del robo, había quien echaba cá lagrimón como un puño, y hasta el mesmo Fiscal que iba a acusarle, se levantó pa abrazarle. ¡Contra! Y si por un hijo el robar no es robo, tampoco debe ser deshonra el deshonrarse por un padre. Yo te lo digo, Petra; con la honra que a ti te sobra había pa teñir de blanco a toas las amapolas del Sotillo.

Petra Así piensas tú, Juanón.

Juanón Y así es, y tú estás convencida. Una cosa es beber saboreando lo que se bebe y otra cosa es beber un potingue de botica de esos que da asco el paladearlos. El vino se bebe, la medicina se traga, nada más, que es muy distinto. Si Ramón te quiere y tú no le has olvidao... cásate con él, que puedes hacerlo sin sonrojo.

Petra Es que en el pueblo se murmura, Juanón. El me lo ha dicho y yo sé que mi nombre anda en lenguas de las gentes.

Juanón (Asombrado.) ¿Y él lo sabe y te sigue queriendo?...

Petra Sí.

Juanón Es bueno Ramón, Petra. ¡Es bueno Ramón!

Petra Sí; ahora lo he visto. Pero... ¡No puede ser, Juanón; no puede ser! Si algún día... ¡No, no! Ramón no es como tú. Si Ramón fuese como tú no dudaría yo en casarme con él. Pero como tú no es él... ni es nadie. Tú eres el único hombre que nunca me echaría en cara mi falta; el único que si me quisiera no tendría inconveniente en casarse conmigo. (Juanón, avergonzado, tembloroso, baja los ojos esquivando la mirada de Petra. Pausa.) ¿Tampoco tú, Juanón? (Pequeña pausa.) ¿Por qué callas? ¿Te da vergüenza sólo de pensarlo?

Juanón Me da vergüenza de ser lo que soy... Cásate con Ramón, Petra... Cásate con Ramón.

Petra ¿Me lo dices con el corazón?

Juanón Con el corazón, no; porque al decírtelo se me ha hecho peazos; pero es tu bien, Petra. Cásate con Ramón. Nadie sabe la verdá de lo ocurrido. El que está bajo tierra no pué decirlo, y yo... ¡yo! Antes pregonaría una falta de mi madre que una tuya, porque... te quiero más que a ella.

Petra ¡Juanón!

Juanón ¡Más que a nadie! ¡Sí! Pero tú pa mí eres siempre el ama; la que está por encima de todas las cosas, la que me parece que no está hecha de la misma tierra que yo. Algo que no pué ni tocarse, porque cuando una mano mía toca una tuya... no puedo explicártelo, Petra, pero es como si tó el frío del invierno y tó el calor del verano se juntaran dentro de mí y quisieran salir a un mismo tiempo por mis ojos.

Petra ¡Tú me quieres, Juanón! ¡¡Tú!!

Juanón Sí; como nadie podría quererte, porque mi querer no es querer que espera, es querer que quiere ná más. Pa tó el mundo, cariño es esperanza de cariño, pa mí cariño no es más que eso: cariño. Figúrate tú que el Ebro no desagüara en el mar, sino que corriera siempre por campos distintos, siempre río. ¡Eso! Así es mi querer; río ná más. Si tú fueras otra, hubiera yo disputao tu cariño como hubiera podido: pero eres quién eres y me contento con ser el perro que te sigue. Con poderte seguir estoy yo satisfecho.

Petra ¿Por qué no me has dicho antes de ahora todo eso?

Juanón (Pesaroso.) ¿Por qué te lo he dicho ahora? me pregunto yo? Pué que sea porque te veo desgraciá y comía de pesadumbres y me pareces menos ama que cuando estás contenta y alegre. La pena no tiene más que un color, y cuando nos vestimos con ella, pobres y ricos parecemos iguales. Ná pensaba haberte dicho porque pensaba también que habrías de ser dichosa, que algún día llegaría para ti el Príncipe de la Cenicienta, el del traje de plata y el manto de seda bordao en oro, y que yo, aquí, queriéndote siempre y

callándolo siempre, llegaría a viejo, y entonces, cuando ya el río no fuera río, sino hebrica de agua, le contaría yo a tus hijos, no el cuento de la Cenicienta que nos contaron a nosotros, sino otro, el de un pobre palurdo que se enamoró de la luna, y como no podía llegar hasta ella se pasó la vida al lao de una lagunica clara donde la luna se veia que parecía que estaba al alcance de la mano.

Petra (Llorando.) ¡Juanón!

Juanón ¡Tú, llorando, Petra!... ¿Por qué lloras?

Petra ¡Por no haberte conocido a tiempo! (Resuelta.) Pero no importa, Juanón. Tú y yo...

Juanón (Interrumpiéndola.) ¡Calla!... Yo no soy más que un criao. ¿Qué dirían los tuyos?... ¿Qué diría... el otro? ¡Si el otro no te mereciera!... Pero... es bueno. Además, que tú a mí no me... ¡No! Lo de ahora es buena ley, gratitud, pero no cariño. Si lo fuera... a mordiscos lucharía yo por él, porque era tu bien, pero no, tú no me... Ramón es bueno... ¡Déjame al lao de mi lagunica clara! (Pausa.) (Por la puerta del foro entra en escena DON HONORIO.)

Hon. Buenas tardes, Petra y la compañía.

Petra Venga usted con Dios, don Honorio.

Juanón Buenas tardes.

Petra ¿Viene usted a ver a mis hermanos?

Hon. No; vengo a hablar contigo y a solas.

Petra ¿Conmigo?

Hon. Y de algo muy grave. Como Juanón es de confianza podemos decirle que nos deje y hasta que nos avise si alguien viene a interrumpirnos.

Petra Para Juanón no tengo yo secretos, pero si usted lo quiere...

Hon. Sí.

Petra (A Juanón.) Ya has oído, déjanos y avisa si alguien viene. (Juanón sin decir palabra hace mutis por la derecha.) Me asusta usted, don Honorio; ¿qué es lo que viene a decirme con tanto misterio?

Hon. Ante todo vengo a hacerte una pregunta, una sola. ¿Es verdad, Petra, es verdad?

Petra ¡Qué!

Hon. Eso que estás pensando en este mismo instante. No me obligues a preguntártelo con más claridad.

Petra Le aseguro que no comprendo.

Hon. No quieres ser franca. Bien está. El no querer contestar ya es una respuesta.

Petra ¿Pero qué quiere usted que le diga?

Hon. Hubiera querido que me dijeses que soy víctima de una alucinación, de una pesadilla. Que lo que oímos dos hombres, de labios de otro hombre que moría, no es cierto, no lo oímos. (Petra baja la cabeza avergonzada.) Por desgracia veo que estoy en la realidad. Un moribundo no miente nunca.

Petra ¿Un moribundo?

Hon. Don Tadeo...

Petra ¡Ah! Dijo él...

Hon. ¿Confiesas al fin?

Petra Si lo sabe, ¿para qué me lo pregunta?

Hon. Sí, Petra, sí. Aquel hombre nos lo refirió todo en su lecho de muerte.

Petra ¡Otra infamia!

Hon. No insultes su memoria. Murió arrepintiéndose. Precisamente es su arrepentimiento el que viene a crearnos un conflicto.

Petra ¿Un conflicto?

Hon. El mayor de todos, porque ahora ya no va a ser posible ocultar tu... desgracia; ahora lo sabrá o lo adivinará todo el mundo.

Petra ¿Por qué?

Hon. Porque el Vampiro ha muerto nombrándote su única heredera.

Petra ¿A mí?

Hon. Aquí te traigo el testamento.

Petra Pero... eso no es posible, don Honorio. Que a mí... ¡A mí! Me ha dejado...

Hon. Toda su fortuna. Más de un millón.

Petra ¿Y por qué me deja ese dinero?... ¿Por qué?...

Hon. Por... por...

Petra No se atreve usted a decirlo. Lo comprendo. Mi pecado fué grande, es verdad, pero no merecía tanto castigo.

Hon. Yo traté de hacerle desistir de su propósito, aun sabiendo que faltaba a mi deber al intentar torcer la voluntad de un moribundo; le insinué que sería mejor buscar un cami-

no indirecto; pero todo fué inútil. ¡Quién puede hacer comprender a un avaro, que hay algo que vale más que la riqueza! Repetía que había cometido una maldad y quería redimirla haciéndote feliz con su dinero.

Petra ¿Hacerme feliz? ¿Y pensaba que yo aceptaría semejante felicidad? No, don Honorio. Lo que yo hice tuvo un precio. El lo fijó y yo lo acepté. Era la tranquilidad, la vida de mis padres, lo que yo defendía. Dí por ello lo que me pidieron... y en paz. La cuenta quedó saldada. No admito más. Esto, ya es demasiado dinero... ¡¡Es demasiada deshonra!!

Hon. Pero, ¿perdiste el juicio, criatura? ¿Por qué hiciste aquello?

Petra Porque me empujaron todos a que lo hiciera. Todos decían que aquel hombre era nuestra única salvación; todos aseguraban que yo podía salvarles; todos me acusaban de no querer sacrificarme por ellos...

Hon. El sacrificio que te pedía era otro...

Petra Sí; otro peor, mucho peor... Era que ligara mi vida a la de aquel hombre; era que me hiciese desgraciada a perpetuidad. El fué más generoso: se contentó con menos, y se lo agradecí. Con boda o sin ella, el ser yo del Vampiro, era siempre una cosa horrible, monstruosa. Yo no quise que Dios bendijera aquello. ¡Me repugnaba hacer al cielo cómplice de la monstruosidad!

Hon. ¿Y qué hacemos ahora, Petra?

Petra No sé. Rompa usted ese testamento.

Hon. Eso es imposible, hija mía. Yo tengo la obligación sagrada de hacértelo conocer y de conservarlo.

Petra Pues bien, ya le conozco, guárdelo usted donde ni usted mismo lo recuerde.

Hon. Imposible también. Hay unos legados y unos albaceas y unos testigos.

Petra ¿Y entonces, será preciso que lo conozcan mis hermanos y mis padres?

Hon. Braulio, imprescindiblemente; es uno de los albaceas.

Petra ¡Y lo sabrá Ramón! Ramón que tan generosamente hace un momento me dijo...

Hon. Ramón está al corriente de todo.

Petra (Asombrada.) ¿Eh?

Hon. Fué uno de los testigos del testamento. El como yo, escuchó de labios del Vampiro...

Petra (Asqueada.) ¡Oh! Calle usted, don Honorio. ¡Qué asco! ¡No me engañé, no! Le veía tal y como era: egoista; ¡miserable!... No es a mí a quien buscaba; era a la fortuna del Vampiro. ¡Qué asco! ¡Dios mío!... (Llora.)

Hon. ¡Vamos, Petra!

Petra ¡Mi pobre madre, qué pensará de mí!...

Hon. Valor, Petra; hay que tener mucho valor.

Petra Dice usted bien, sí. He hecho mal en haber ocultado mi falta. Si fuí valiente para cometerla, no debo ser cobarde para descubrirla. Entre usted; enseñe usted a todos ese papel, ¡a todos! Sé que voy a destrozarles el alma, pero es preciso.

Hon. Bien: pensaré la manera....

Petra Sin pensar; ahora mismo.

Hon. Si esa es tu voluntad... (Se dirige hacia la puerta de la derecha.)

Petra (Rápidamente, alocadamente.) ¡¡No!! (Don Honorio se detiene.) ¡Ahora no! ¡A los viejos no! A ellos nunca. ¡Nunca! ¡Luego, a la noche; cuando mis padres duerman! ¡Luego; luego, don Honorio!

Hon. Cuando tú dispongas.

Petra Sí: váyase, déjeme. Luego. ¡Luego!... (Se deja caer sobre una silla, apoya los codos sobre la mesa, hunde la cabeza entre sus manos y llora copiosamente.)

Hon. (Tristemente, haciendo mutis por el foro.) ¡Qué pícara vida!... ¡Pobre mujer! (Vase.)

(JUÁNÓN entra sigilosamente por la derecha y se acerca a Petra, despacio, sin hacer ruido, como una sombra.)

Petra (Llorando.) ¡Fué por ellos! ¡¡Por ellos!!... ¡¡Por salvarlos!! ¡Dios mío, cuánto pesa la cruz que eché sobre mis hombros!

Juanón (Con voz velada por la emoción.) Animo, Petra; pa ayudarte a llevarla está aquí Juanón.

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración. Es de noche. Hay una luz de petroleo sobre la mesa de la derecha y otra dentro de un gran farol que pende de la arcada del foro. La noche es de luna y por el abierto portalón del fondo, se ve el campo, se ve el cielo, se ven las estrellas... y no es chiste.

—

(Al levantarse el telón, están es escena SIMONA, CASILDA, ANTONIA, DIONISIA, JUANÓN, QUIRINO, CHILINDRA y MELANIO.)

(Juanón, sentado en el foro en un pilarote que habrá fuera de la puerta, está abismado, abstraído, ajeno a cuanto ocurre en la escena. Quirino, Chilindra y Melanio, ante la mesa de la derecha juegan al tute hablando a media voz, sin meter mucho ruido. Cerca del hogar y formando un apiñado grupo están las mujeres. Simona sentada en un alto sillón, Casilda en una silla baja, Antonia y Dionisia en el suelo. Las cuatro están profundamente dormidas. Simona tiene en la mano un largo rosario.)

Quir. ¡Las cuarenta!

Chil. Que se vean, maño.

Mel. ¡Eso!

Quir. (Enseñando dos cartas.) Mialas.

Mel. ¡Ridiez! Y van tres. Yo en cambio no veo más que soticas.

Chil. (A Quirino.) Echa.

Quir. (Jugando.) El as de copas.

Mel. Un triunfico.

Quir. ¿No tienes copas, Melanio?

Mel. Tengo.

Quir. ¿Por qué fallas entonces?

Mel. ¡Otra! Porque me gustaría comémelo.

Quir. Pues este no te hará daño; larga una copica.

Mel. Contra, siempre te has de salir con la tuya. Ahí va el tres, que no tengo otra. (Echa la carta golpeando la mesa. Ríen Quirino y Chilindra. Siguen jugando.)

Sim. (Medio despertando al golpe y rezando entre dientes, sin abrir los ojos.) Santa Digénitis... Mater Crispi... Mater Cratori... (Dando un codazo a Casilda.) ¡Tú! Mater Salvadoris... (Sigue rezando cada vez más débilmente hasta que se vuelven a dormir.

Cas. (Rezando sin saber lo que reza.) Santa María, Madre de Dios... (Empujando a Dionisia.) ¡Chica!... (Sigue rezando y vuelve a quedar dormida.)

Dion. (Despertando asustada.) El pan nuestro de cada día... (Zamarreando a Antonia.) ¡Antonia!

Ant. (Sin abrir los ojos.) Añus die quitoli pacata mundi.. (Vuelven a dormir las cuatro.)

Quir. (Jugando.) Ahora un arrastre. (Se descartan los otros.) No hay triunfos, ¿eh? Pus entonces las diez de últimas pa mí. ¡El rey de oros! (Echa la carta muy satisfecho.)

Chil. Pa ti son, sí, señor. (Juega.)

Quir. ¡Ole!

Mel. Poco a poco, que yo tengo un triunfico. (Juega.)

Quir. ¿Eh? ¿Un triunfico y antes no has servido al arrastre? Quita, quita, tramposo.

Mel. Cuidiao con lo qui dices, Quirino.

Quir. ¡Ridiez, pero si es que has hecho trampa, Melanio.

Chil. ¡Claro!

Mel. No siñor; es que yo he jurao que siempre que juegue al tute mi he de llevar las diez de últimas y me las llevo, por las buenas o por las malas, me da lo mismo; pero me las llevo. Es cuestión de amor propio. Si no quereis que acabemos a morrás, haced la vista gorda, pero las diez de últimas han de ser siempre pa mí.

Chil. (Levantándose.) ¡Pus como no juegues con otro!...

Quir. (Levantándose.) Miá que eres bruto, Melanio.

Mel. En esto de las diez de últimas no parto peras con nadie. Si no quereis jugar, mejor; así no hay camorra.

Chil. (En voz baja.) ¿Qué le pasa a Juanón que está tan caviloso?

Quir. De seguro que es por lo de Petra; como él tó lo del alma lo toma tan a pecho...

Chil. Escucha, ¿será verdá lo que nos dijo a prima noche el tío Capriles?

Quir. Debe serlo, porque el tío Capriles es el escribiente del notario.

Chil. Pus si es verdá, buena milloná entra en esta casa.

Quir. Tó el dinero del Vamipro.

Mel. En el pueblo lo sabe ya tó el mundo.

Chil. (Viendo entrar a GENARA.) Calla.

Gen. (Por la derecha.) Siempre lo mismo. ¿Pero por qué no se acostarán estas mujeres? (Llamando.) Simona... ¡Simona! Y tú, Casilda... ¡Vamos! (Las despierta. Juanón se acerca al grupo.)

Sim. Ave María Purísima...

Cas. Pero si estábamos en el cuarto misterio, tía Simona.

Sim. (Molesta.) ¡Ya lo sé, ya lo sé! Digo Ave María Purísima qué sueño nos ha entrado. ¿No puedo yo decir Ave María Purísima? (Disponiéndose a rezar.) Cuarto misterio...

Gen. Basta de rezos, Simona. A la cama, que son más de las diez.

Sim. (A las demás.) ¡Vamos! ¿No habéis oído? ¡A dormir! (Se levantan.) ¿Se ha dormido ya don Saturio?

Gen. Sí. Petra está a su cuidado. ¿Dónde están mis hijos, Juanón?

Juanón Salieron, señora ama. Dijeron que la noche estaba muy hermosa y han ido a dar un paseo. Yo les esperaré, doña Genara.

Gen. Sí, hijo, sí; porque yo estoy rendida. Petra te dirá luego lo que hay que hacer mañana.

Juanón Está muy bien.

Gen. Ea; a descansar todos.

Quir. (Bostezando y desperezándose brutalmente.) Sí, señora, que buena falta hace.

Sim. (A Quirino.) ¡Animal! ¿Son esos los modales que yo te he enseñao?

Gen. Dejalo, Simona; ¿qué más da?

Sim. No, señora, que no lo dejo; que me abochorna. Eso es heredao del bestia de su padre, que esté en gloria; que como era sacristán, a fuerza de vago se pasaba el día en un desperezo. Hasta ayudando a misa y con una vinajera en cada mano, le ví yo desperezarse.

Gen. Bueno, bueno. Ea; a descansar, a dormir.

Cas. Buenas noches, señora ama. (Le besa la mano.)

Ant. (Idem.) Buenas noches. (Se van por la izquierda.)

Dion. (Cayéndose de sueño.) Buenas noches. (Mutis.)

Gen. Id con Dios.

Chil. Hasta mañana, si Dios quiere.

Quir. Buenas noches, doña Genara.

Gen. Adiós, hombre, adiós.

Mel. (Despidiéndose.) Ahí sus quedais.

Sim. ¿No sabes otra despedía, mostrenco?

Mel. ¿Eh?

Sim. ¿Te creerás que estás en la cuadra. ¡Ahí sus quedáis! Tú sí que te vas a quedar el día menos pensao atao a un pesebre.

Mel. Pero...

Sim. ¡Quítate de mi vista, borrico!

Mel. (A Quirino, haciendo mutis.) ¿Pero qué he hecho yo, tú?

Quir. Pus has hecho también las diez de últimas. (Mutis de Quirino, Melanio y Chilindra, por la izquierda.)

Sim. ¡Pero qué brutísimo es!

Gen. ¡Mujer!

Sim. Es que no lo sabe usted bien, doña Genara. (A Juanón.) ¡Mira que la que ha hecho esta tarde!

Juanón Ha sido buena, sí, señora.

Gen. ¿Qué ha sido?

Sim. Que le dije al muy bestia: anda, coge el terranova y báñalo en la alberca, que me paice que tiene pulgas. Y va el muy cernícalo y coge al perro en brazos, se encarama en el pretil de la alberca, lo columpia pa mandarlo lejos, y se tira al agua abrazao a él.

Gen. ¡Por Dios!

Juanón Por poco se ahoga. Si no acude el tío Chilindra...

Gen. Pero, ¿por qué hizo eso?

Sim. Ahí verá usted; porque dice que al tirar al

perro se le olvidó abrir los brazos y soltarlo. ¡Cuando yo le digo a usted que no hay otro!... Y no lo hay. Porque cuidiao que mi Rosendo era arrimao a la cola y tenía la cabeza dura. Acuérdese usted de lo de Zaragoza; que quiso apagar una bombilla eléctrica de un soplido y dió el primer soplido y usted se rió, y dió el segundo... y se quedó usted a oscuras, porque rompió la bombilla y torció el aparato. Bueno, pues este es más bruto. El Señor nos dé paciencia para bregar con tanto cafre... Ea, hasta mañana.

Juanón Buenas noches, tía Simona.

Gen. Adiós, Simona; adiós, mujer, que descanses.

Sim. Eso es lo que quiero, descansar, pero descansar de una vez, que estoy más harta de... jorobetas y de... jorobetas... (Se va refunfuñando por la izquierda.)

Gen. ¡Es mucha Simona!

Juanón Buena y fiel, señora ama, y mirando por la casa como debe mirar.

Gen. Es verdad.

Juanón El geniecico es algo fuerte, pero cada cual tiene el suyo, y no es el de ella de los peores.

Gen. Bueno, Juanón, tú aguardarás a mis hijos y cerrarás la puerta y apagarás las luces.

Juanón Sí, señora; váyase tranquila.

Gen. Hasta mañana.

Juanón (Besándole la mano.) Si Dios quiere, señora ama. (Vase Genara por la derecha. Juanón se detiene un instante junto a la puerta de este lateral, hasta no escuchar los pasos de Genara; se acerca luego a la puerta de la izquierda y escucha, y por último; toma la luz que hay sobre la mesa de la izquierda, se asoma a la puerta del foro y hace con la luz una señal. Vuelve a colocar la luz sobre la mesa y en este momento aparece en la puerta del foro RAMON. Al verle Juanón, reprime un movimiento de disgusto.)

Ramón Buenas noches.

Juanón (Sin alzar mucho la voz, pero con aspereza.) ¿Qué vienes tú a hacer aquí?

Ramón (Extrañado.) ¿Eh?

Juanón ¡Contesta!

Ramón ¿Y quién eres tú para preguntármelo?

Juanón Un hombre, más hombre que tú.

Ramón ¡Eso!...

Juanón ¡Eso se prueba!

Ramón ¡Juanón!

Juanon Vete.

Ramón Pero...

Juanón ¡¡Vete!!

Ramón No me voy. Me ha dicho don Honorio que venga y no me voy.

Juanón Si él te lo ha dicho... bien está. Me creí al pronto otra cosa.

Ramón ¿Otra cosa? ¡Qué!... Dí.

Juanón Yo me entiendo.

Ramón A mí me hablas claro, Juanón.

Juanón Más vale callar.

Ramón (Sujetándole de un brazo.) ¡No! ¡A mí me hablas claro!

Juanón (Conteniéndose a duras penas) Suéltame el brazo, Ramón. Suéltame el brazo o... (Con su mano derecha coge la de Ramón, se la oprime hasta hacerle ver las estrellas y lo separa violentamente.) ¡No te acerques a mí, porque puedo darte un mal golpe! ¡Déjame!

Ramón (Acobardado.) ¿Te has vuelto loco?

Juanón Puede que sea eso. (Pausa.)

Ramón Disimulas muy mal, Juanón. Me haces ver claramente lo que ya venía sospechando: que quieres a Petra.

Juanón Eso es cuenta mía y de ella.

Ramón ¿Y mía no?

Juanón No. En Petra no tienes tú que volver a pensar. Y si piensas, peor pa ti; pero no se lo hagas ver, porque tendrías que habértelas conmigo.

Ramón (Irónico.) ¡Ah, vamos! Un duelo.

Juanón Eso, un duelo pa tu familia, no lo dudes.

Ramón ¿Piensas... matarme?

Juanón Si no hay otro remedio, ¡sí! Ojalá que hubiese yo matao al Vampiro las veces que tuve intenciones de hacerlo. No estarías tú aquí ahora. Como no habría herencias, no habría tampoco codiciosos.

Ramón ¡No sé lo que quieres decir!

Juanón Lo sabes; pero eres tan cobarde como mentiroso.

Ramón ¡Juanón!

Juanón Yo soy muy claro. Esta tarde te creí bueno y me hubiera dejao matar por ti. Ahora que

sé lo que piensas y a lo que vienes, tengo que contenerme pa no aplastarte la cabeza.

Ramón No es eso tan fácil.

Juanón Pa mí es facilísimo: con levantar el puño y dejarlo caer... arreglao.

Ramón Abusas de mí porque me coges sin un arma.

Juanón ¿Es que la tengo yo?

Ramón ¡Basta! ¿Dónde están mis primos? Quiero verles.

Juanón Hacia el Encinar fueron. Acaso no tarden en volver, pero si los árboles no te asustan, y quieres salirles al encuentro... por la vereda, too seguido.

Ramón (Amenazador.) Yo sabré lo que tengo que hacer contigo.

Juanón Yo lo sé ya: te llevo esa delántera. (Vase Ramón por el fondo.)

Petra (Por la derecha.) ¿Qué ha sido, Juanón?

Juanón ¿No me has pedido antes amparo? Pues ya está Juanón defendiéndote. Ahora no soy como antes, perro que siga los pasos del ama, ahora soy mastín que muerde y despedaza si es preciso. No tengas miedo, Petra; contra todos puede Juanón.

Petra Era Ramón, ¿verdad?

Juanón Sí; le ha dicho don Honorio que venga.

Petra ¿También él?... Tengo miedo, Juanón.

Juanón ¿Miedo? ¿Por qué?

Petra ¿Qué pensarán mis hermanos de mí?

Juanón Si tienen corazón pensarán lo que yo pienso; si no lo tienen. . peor pa ellos. Tú no tienes ná de qué avergonzarte. En aquello que hiciste, ¿ibas buscando pa ti provecho ni satisfacción? ¿No hubieras dao toa la sangre de tus venas por no tener que hacerlo? Pues entonces, ¿de qué te tienes tú que avergonzar? Al fin del mundo iría yo contigo, no ya sin miedo, sino con orgullo: con la frente muy alta, y si alguien nos mirara de reojo al pasar, yo le diría, cogiéndolo por el pescuezo: «A esta mujer hay que mirarla de rodillas como se mira a las santas en las Iglesias; lo dice Juanón, que no tendrá la ciencia que se aprende en los libros, pero tiene la que enseña quien sabe más que ellos: la que enseña la tierra y el vivir al aire

libre entre surcos y encinas; la que enseñan los mismos animales, que sin leyes ni monsergas, saben vivir mejor que los hombres.

Petra (Escuchando hacia el fondo.) ¡Calla! Vienen. (Pausa.)

Juanón Sí. Vete. Deja que hablen ellos.

Petra ¡Dios mío!

Juanón No temas. Nada malo pueden contra ti. Y, ¡pobres de ellos si quisieran dañarte!

Petra En el cuarto de mi padre estaré.

Juanón Allí iré en tu busca. (Vase Petra por la derecha. Un instante de pausa, y por la puerta del foro entran en escena DON TRINIDAD y DON HONORIO.)

Trin. Buenas noches, Juanón.

Hon. Dios te guarde, muchacho.

Juanón Vengan con Dios; buenas noches.

Hon. ¿Andan por ahí Braulio y Teodoro?

Juanón A pasear salieron, pero no tardarán. Ya les he avisado, y además, Ramón fué hace un rato a buscarles.

Trin. (A don Honorio.) ¿También Ramón?...

Hon. Sí. (A Juanón.) Escucha, ¿se han recogido ya los amos?

Juanon Los amos y la gente, sí, señor.

Hon. Muy bien.

Trin. (Desde la puerta del fondo.) Ahí creo que vienen ya Teodoro y Braulio.

Hon. Juanón: no te necesitamos ahora. Tenemos que hablar de asuntos reservados...

Juanón Sí, señor; buenas noches.

Hon. Buenas noches. (Vase Juanón por la derecha.)

Trin. (Sentándose.) ¡Válgame Dios, amigo don Honorio! ¡Qué vida esta! Siempre la misma y nunca igual.

Hon. Yo lo diría al revés, don Trinidad: siempre igual y nunca la misma.

(Por la puerta del foro entran en escena BRAULIO, TEODORO y RAMÓN.)

Brau. Aquí estamos ya, querido don Honorio.

Trin. Venid con Dios.

Teod. ¡Cómo! También el señor cura.

Brau. Muy importante debe ser el objeto de esta entrevista. (Saludos.)

Hon. Ya comprenderán ustedes que cuando he querido reunir esta especie de consejo de familia a estas horas y con este misterio, es

porque tengo que comunicarles algo muy grave y muy transcendental.

Teod. Me alarma usted, don Honorio.

Hon. Y lo peor es que no puedo tranquilizarte. Por doloroso que sea tu presentimiento, la realidad va a ser más dolorosa todavía.

Brau. En efecto, que sus palabras son para alarmar a cualquiera. Reconozco mi engaño; yo creí que esta reunión tenía un objeto altamente agradable: decirnos el nombre de la persona que tan generosamente pagó las deudas de esta casa.

Hon. Sentémonos, sentémonos. (Se sientan.)

Teod. Bien; pues usted nos dirá de qué se trata.

Hon. Se trata... de Petra.

Brau. ¿De Petra?

Teod. ¿Eh? ¿Ha ocurrido algo a nuestra hermana?

Hon. No; aunque más valdría que se tratara de un accidente material. No lo es, por desgracia.

Teod. ¿Por desgracia?

Brau. Vamos. Don Honorio, sin rodeos. Sáquenos usted pronto de esta incertidumbre, porque va usted a hacer que sospechemos...

Hon. Te repito que no sospecharás nunca nada tan triste como lo que ocurre.

Teod. No será un caso de vida o muerte.

Hon. Es un caso de honra, que es peor.

Brau. ¿De honra?

Teod. Hable usted en seguida.

Hon. Sí: es preferible que sepan ustedes por mis labios su desventura, a que lleguen a descubrirla por las murmuraciones de los maldicientes, a quienes no se cae de la boca el nombre de esa desdichada.

Brau. ¿El nombre de mi hermana anda en labios de esa gente? Será por una calumnia, sin duda.

Hon. No; por la verdad; por la tremenda verdad que ya conocen todos...

Teod. ¿Cómo puede ser verdad, que Petra?...

Trin. Calma, Teodoro. Para Dios que penetra en las conciencias; para las almas honradas que saben comprender los grandes sacrificios, Petra, es hoy tan pura, tan noble como antes—es decir—no; más pura, más

noble todavía; para el mundo que sólo ve lo externo, lo superficial, Petra está... no sé cómo decir la palabra terrible. Petra está manchada.

Brau. ¿Manchada? ¡No! ¡Eso no puede ser!

Teod. ¡Petra es incapaz de eso, don Trinidad!

Hon. Lo hizo por salvar a sus padres. El Vampiro apremiaba; iban a ser arrojados del Sotillo... Ella dió para evitarlo, lo que le pedían. ¡Lo pagó bien pagado!

Brau. ¿Y fué el Vampiro?...

Hon. Sí.

Trin. ¡Pobre criatura!

Brau. ¡Es espantoso!

Teod. ¡Ha deshonrado a esta casa!

Brau. ¡Ha echado un borrón sobre nuestro nombre!...

Trin. No la culpes; compadécela. Y acaso hagas poco compadeciéndola, porque tal vez sea admiración lo que merece su sacrificio.

Teod. Y dice usted que eso se sabe...

Hon. Sí. Alguien la vió salir de casa del Vampiro aquella noche fatal.

Brau. ¡Qué vergüenza!

Hon. Pero aun sin eso, por fuerza tendría que saberse, porque aún no les he dicho lo peor.

Teod ¿Puede haber algo peor que lo que ya sabemos?

Hon. Nunca vienen solas las desdichas.

Brau. Acabe usted de una vez y sepamos pronto hasta dónde llega la nuestra.

Hon. El Vampiro, en su lecho de muerte, creyendo tal vez que así redimía su culpa, ha testado a favor de Petra, nombrándola su heredera universal.

Teod. (Asombrado.) ¿Es posible?

Brau. (Idem.) ¡Su heredera universal!

Hon. Tú eres uno de los albaceas testamentarios.

Brau. ¿Y qué podemos hacer?...

Hon. Para impedir el escándalo, nada. Yo no puedo mantener oculto un testamento otorgado ante mí.

Trin. Pero Petra puede renunciar a ese dinero, que es una mancha para todos.

Brau. Con eso no se consigue evitar su deshonor, don Trinidad.

Trin. Se conseguirá, por lo menos, atenuarlo.

Brau. No: no va por ahí la solución. Creo yo que debe ser otra. Sí.

Teod. Habla, por Dios, Braulio; yo no soy capaz en estos momentos de formular una opinión.

Brau. Yo no sé si lo hecho por Petra debe llamarse heroísmo o pecado; pero admire o vitupere su acción, es indudable que ha cometido una gravísima falta, una de esas faltas que nuestro mundo ni perdona ni olvida. Yo creo... no sé lo que opinará don Trinidad, pero en mi opinión, debía Petra, para bien de todos, buscar su redención en el estado religioso.

Trin. ¿Qué dices?

Brau. Que debe buscar el único asilo ante el que se detienen las censuras del mundo: el claustro.

Trin. En principio, no puede parecerme mal. Dios es el único esposo, que, no sólo perdona, sino que borra todas las culpas. Pero dudo que Petra tenga vocación.

Brau. ¿Qué importa eso?

Teod. Claro; eso es lo de menos.

Trin. Es que dudo también que quiera separarse de sus padres.

Brau. Sus padres, de conocer su falta, la obligarían como nosotros.

Trin. ¿Con qué derecho, si lo que hizo, lo hizo por salvarles?

Brau. Es que...

Trin. No, Braulio; no, Teodoro. Vosotros, que tenéis otra familia, otro hogar, vuestro verdadero hogar, podéis pensar de esa manera un tanto egoísta; pero estos pobres viejos que no tienen otro calor que el cariño de Petra, cómo van a decirle: «Vete; déjanos; nos manchas; no queremos que cierres nuestros ojos, porque has cometido el delito de sacrificar tu honor para que nuestros ojos no lloraran.» No; no; pensad otra cosa, hijos míos; pensad otra cosa.

Teod. No hay otra cosa qué pensar, señor Cura.

Brau. Ha sido muy grave su falta.

Ramón Yo creo, sin embargo, que todo puede arreglarse con buena voluntad.

Brau. No hay más que esa solución.

Hon. Oigamos a Ramón, Braulio.

Ramón Yo opino cómo el señor Cura; el rasgo de Petra, más que censuras, merece alabanzas. Ha sido una mártir del cariño que tiene a sus padres. Petra es buena y no ha dejado nunca de serlo. Separarla de sus padres sería matar a los pobres viejos. Y, además, sería necesario decir a los viejos la causa de la separación, y, eso, a mi juicio, no deben saberlo nunca.

Trin. Nunca.

Brau. Estamos conformes.

Teod. Eso sí que sería matarlos.

Ramón Yo creo que la mejor solución, es decir, la única, sería que Petra se casara.

Brau. ¿Casarse? ¿Con quién?

Ramón Conmigo.

Teod. ¿Tú serías capaz?...

Ramón Puesto que el Vampiro ha muerto y ella hizo lo que hizo por un motivo que la enaltece a mis ojos, y nosotros siempre nos hemos querido, ¿que inconveniente puede haber por mi parte? Yo, no sólo no me avergonzaría nunca de ser su marido, sino que iré siempre a su lado orgulloso de serlo.

Teod. ¡Gracias, Ramón!

Brau. ¡Gracias!

Hon. En efecto, esa puede ser otra solución.

Trin. Muy digno de agradecer es tu rasgo, Ramoncillo, si como estoy seguro, no lo inspira otro sentimiento que el del cariño que con este noble deseo se santifica...

Ramón Ya usted sabe, don Trinidad, que Petra fué siempre mi Norte.

Brau. Sea una u otra la solución que adoptemos, hemos de adoptarla en el acto.

Teod. Sí: en el acto.

Trin. Yo creo que lo primero que debemos hacer es hablar con Petra.

Hon. Claro; consultarla...

Brau. Consultarla no; obligarla a que elija una de

estas soluciones. Nosotros somos ahora el tribunal que ha de juzgarla.

Trin. Cuidado, Braulio, cuidado; no vaya ella a convertirse en juez y a deciros...

Brau. Qué.

Trin. Que si ella hizo demasiado fué porque vosotros no hicísteis bastante.

Brau. Esa no es razón, don Trinidad.

Hon. Además, debemos oirla, porque sólo ella tiene el derecho de aceptar o renunciar la herencia y es punto que a mí me interesa mucho conocer.

Brau. Sobre eso no hay ni que hablar, don Honorio; vuelvo a repetirle lo que antes le dije: no creo que por renunciar a la herencia evite su deshonra.

Ramón Claro.

Teod. ¿Asciende a mucho la cantidad testada?

Hon. Cerca de un millón de pesetas.

Brau. ¡Cerca de un millón de pesetas!

Teod. No creí nunca que el Vampiro tuviese esa fortuna.

Ramón Robando como robaba...

Trin. Paz a los muertos, Ramón.

Brau. Es verdad. Ocupémonos ahora de lo que interesa. Aguardad un instante. Y mucha energía, Teodoro. (Vase por la derecha.)

Trin. (A Teodoro.) Mucha piedad ha querido decir.

Teod. No hará falta, don Trinidad. Petra es muy razonable y aceptará gustosa y agradecida la mejor de las soluciones: su boda con Ramón.

Ramón Así lo espero.

Hon. Y así sea. No creo que Ramón pierda por ello la estimación de ninguna persona honrada, toda vez que recompensa con su proceder nobilísimo el heróico sacrificio de Petra.

Teod. Sin duda ninguna.

Ramón Yo quiero que ustedes vean en esto mi cariño hacia Petra y nada más.

(Por la puerta de la derecha entran en escena BRAULIO y PETRA, seguidos de JUANÓN.)

Petra Aquí estamos ya todos: decid lo que querais.

Brau. Espera. Juanón, vete.

Petra Quédate, Juanón.

Brau. ¿Eh?

Petra Sabe lo que me vais a decir. Con él no reza este misterio.

Teod. Pero...

Petra (A Juanón.) Tú te quedas.

Brau. Muchos van siendo ya los que saben la mancha imborrable que ha caído sobre nuestro nombre.

Petra De eso no hablemos, Braulio. Mis padres tienen derecho a decirme cuanto quieran; vosotros no.

Brau. ¿Por qué no?

Petra Porque es vuestro egoísmo el que me ha empujado a lo que hice. Al no querer vosotros hacer el menor sacrificio por los que nos dieron la vida, me obligásteis a mí a hacer el mayor. Yo fuí demasiado lejos, es verdad; pero vosotros os quedásteis cortos, muy cortos. Y cuando se trata de ser buenos hijos, entre no llegar o ir demasiado lejos, vale más lo segundo.

Teod. Es que tu falta, Petra...

Brau. (A Teodoro.) Calla, Teodoro: dice bien Petra, mejor es no hablar de ello. No hay que perder el tiempo en esas cosas. Aquí no venimos a discutir, sino a resolver. (A Petra.) ¿Lo oyes bien? A resolver. Comprenderás que la situación en que te encuentras reclama urgentemente una solución. La pide, a la vez que tu propio decoro, el honor de nuestra familia.

Petra Eso es justo. ¿Qué exigís de mí?

Brau. Dos soluciones vamos a proponerte. Tú escogerás la que mejor te parezca.

Petra Decid.

Ramón Yo diré la primera, que es la única que debes aceptar, y que ya supondrás cuál es, al verme aquí esta noche.

Petra ¡Ramón!

Ramón Mira, Petra; yo no sé lo que ha pasado; no quiero saberlo. Si en tu conducta hay algo que perdonar, está perdonado, porque tu intención fué buena. Recuerda lo que esta tarde te dije; yo soy para ti el mismo de siempre; por encima de todas esas cosas, te quiero. Casémonos, y eso lo borra todo.

Petra Gracias, Ramón.

Ramón ¿Aceptas?

Petra ¡No!

Ramón ¡Petra!

Teod. ¿Qué dices?

Petra ¡No! Me dejaste cuando nadie tenía nada que decir de mí y quieres recobrarme cuando mi nombre anda de boca en boca. No me quisiste honrada y me quieres sin honra. ¡Lo que va de ser pobre a ser rica!

Juanón (Sin poderse contener.) ¡Eso!

Petra (A Juanón.) Calla. (A Ramón.) Los desgarrones de la honra no se zurcen bien con hilillos de oro, Ramón. Es un zurcido que se ve de muy lejos. El millón del Vampiro no será para ti; hay muchos infelices que lo necesitan más. Y ese dinero podría quemarte las manos. A mí, por lo menos, me las quemaría. No me sirve esa solución. ¿Cuál es la otra?

Ramón Petra, o tú no me has comprendido o no he sabido explicarme. Mi intención...

Petra No insistas, Ramón. No me obligues a decirte cosas peores. (A Braulio.) A ver: la otra solución.

Brau. Don Trinidad sabrá decírtela mejor que nosotros.

Trin. No, hijo, no. Yo no. ¡Pobre de mí! Para las culpas, por graves que sean, yo no entiendo de soluciones, sino de absoluciones.

Teod. Braulio opina y yo estoy de acuerdo con él, que puesto que estás arrepentida de tu falta que ha sido muy grande y quieres librarte para siempre del menosprecio del mundo, no tienes más que un camino: el del claustro. Es lo mejor.

Petra Estoy conforme con que es mejor que el otro y no dudes que lo seguiría si creyera que la vocación me llamaba hacia él, o que mi pecado es tan grande como ustedes suponen. Pero yo le temo a que Dios me pregunte, si aspiro a ser su esposa: ¿Llegas a mí impulsada por tu deseo, o vienes a traerme lo que el mundo no ha querido, lo que otros han despreciado, como si yo valiera menos que los hombres? Porque si me pre-

guntara eso, yo no sabría qué contestarle. No. Dios no se opone a que yo continúe sirviéndole en el mundo. Dios perdona mi falta que lleva en sí misma el castigo, ¿verdad, señor cura? Son ustedes los que no tienen compasión de mí; son ustedes los implacables... ¡Dios es la piedad, la bondad suprema, y quien toma su nombre para regatear el perdón, le ofende y le calumnia!

Hon. Dices bien, Petra; pero tus hermanos...

Petra Mis hermanos no parece ahora que lo son, don Honorio; porque esa solución que me proponen equivale a alejarme de esta casa y esa idea no ha debido ocurrírseles nunca. ¿Es que van ellos a continuar de por vida en el Sotillo, o van a mandar al Sotillo a sus esposas para que cuiden de esos pobres viejos? ¡Ah! Pues entonces... ¡Pobre sacrificio el mío, triste deshonra la mía, si sólo iba a servir para eso, para abandonar a mis padres cuando más necesitados están de mí! No, no. Yo aquí; con ellos. Sin importarme el mundo. Si Dios me perdona y ellos me creen buena, ¿qué me importan a mí los escrúpulos vuestros ni la opinión de los demás?

Brau. Mira, Petra; no nos hemos reunido aquí para gastar en balde nuestro tiempo, sino para adoptar una solución. ¿Cuál de las dos que te hemos propuesto es la que escoges?

Petra ¡Ninguna!

Teod. ¡Eso no! Has de aceptar alguna, Petra.

Petra ¡No!

Brau. Te obligaremos, aunque no quieras. (Juanón avanza un paso hacia Braulio y Petra le contiene con la mirada.)

Petra ¿Obligarme?

Brau. Sí.

Petra Si no recuerdo mal, don Honorio, que sabe mucho de leyes, me dijo cuando cumplí los veinticinco años, que desde aquella hora era dueña de mi voluntad.

Brau. ¡Ah! ¿Pero te rebelas?

Petra Me rebelo, sí; porque nada de lo que me proponeis es justo; porque todo se inspira en vuestro interés únicamente. Quereis que

me case con Ramón o que me vaya a un convento, porque creeis que eso os evita una humillación; que eso os libra de lo que os alcanza mi ignominia. Pero ni siquiera se os ha ocurrido pensar en lo primero que debísteis haber pensado. Y eso sí; eso sí que nos mancha a mí y a vosotros. ¿Qué quereis hacer con el dinero del Vampiro?...

Brau. Eso no urge ahora...

Teod. Claro; ya veremos. Más adelante...

Petra ¿Más adelante?... Y mientras tanto que todo el mundo piense que esa riqueza es el pago de mi deshonra; pago que todos aceptamos, vosotros los primeros, puesto que nadie lo rechaza. Bien es verdad que haciéndome yo monja todo se arregla. Se comete una profanación, ¿pero qué importa? Con mi sacrificio se da la gente por satisfecha y la herencia del Vampiro se queda aquí para que la disfruteis vosotros o vuestros hijos, porque vosotros no pensais más que en ellos; sois buenos padres ante todo... Ya, ya lo demostrásteis cuando os pedí que acudiérais al socorro de esos pobres viejos... «No podemos, eso perjudicaría a nuestros hijos»... La suerte recompensa vuestro celo paternal; porque si entonces hubiéseis accedido a mi ruego, yo no hubiera hecho lo que hice, ni el Vampiro me hubiera nombrado su heredera... Está visto que lo que tiene cuenta no es ser buenos hijos, sino buenos padres. ¡Qué tranquila debeis tener la conciencia!

Brau. ¡Basta ya!

Teod. Sí, basta. ¿Qué significa esto?

Petra Significa que como ninguna de vuestras soluciones me satisface me atengo a la mía.

Brau. ¿A la tuya?

Petra Dígame usted, señor notario: se puede renunciar a una herencia, ¿no es verdad?

Hon. Ya lo creo.

Petra Pues en ese caso conste que desde este instante yo renuncio a la que usted me ha anunciado.

Hon. Pero...

Petra Si puedo disponer que ese dinero se entregue a los pobres, entréguesele mañana mis-

mo; si eso no puede ser vaya la herencia a quien la acepte, a quien la quiera, con tal de que no esté en mi poder ni una hora, ni un minuto...

Brau. ¿Pero estás loca?

Teod. ¿Sabes acaso lo que importa la herencia?

Brau. Es una fortuna, Petra. Asegurabas con ella el bienestar de nuestros padres.

Teod. Tu propio bienestar.

Petra ¡No!

Brau. ¡Qué sabes tú lo que vale el dinero!

Petra ¿No lo he de saber, si por dinero, y no para mí, me he vendido?

Brau. ¿Pero qué piensas hacer, desgraciada?

Petra Seguir siendo lo que hasta aquí he sido: la pobre cenicienta.

Brau. Ahora lo serás más todavía, porque no habrá quien se acerque a ti. Las cenicientas manchan.

Petra Según, hermano, según. La del cuento no fué siempre la perseguida, la desheredada. Aquel príncipe, cuyos amores no consiguieron sus hermanas, las afortunadas, las dichosas, fué de ella de quien se enamoró.

Teod. ¿Y tú cuentas con que ese príncipe va a llegar para ti?

Petra Sí: trayéndome la redención, la redención verdadera, la que no arranca de un interés mezquino, la que nace de un noble impulso del alma, la que sabe perdonar sin ponerle precio al perdón, sino dándolo generosamente y aun creyendo dar poco todavía.

Brau. ¿Estás loca?

Petra Y no vendrá como el príncipe del cuento con coraza de plata y penacho de plumas; su vestimenta valdrá más que la plata y el oro, porque traerá la lealtad en el pecho y la bondad en la frente. Y su brazo desnudo, tostado por el sol y curtido por el viento y la lluvia, no sabrá manejar otro hierro que el de la esteva, con el que sacará de la tierra el pan de la vida. Y sus palabras serán rudas y toscas, pero se las verá salir, no de los labios, sino del alma; de un alma noble que no sabrá lo que son las falsedades ni las mentiras. Este será mi príncipe. Mejor di-

cho, este es mi príncipe, porque ya está junto a mí, porque llegó ya a mi lado, no derramando el oro y las piedras preciosas como el otro, sino trayendo un tesoro mil veces mayor; el tesoro de un amor verdadero que borra manchas y vierte venturas.

Teod. Loca, sí; está loca.

Brau. Usted la oyó, don Honorio. Tú la oiste, Ramón.

Ramón Y lo atestiguaré donde sea necesario.

Brau. Ha perdido el juicio.

Petra Sí, comprendo. Esa podía ser otra solución, pero no estoy sola, no.

Trin. No lo estás, no, hija mía.

Petra Ya lo oís; me ampara don Trinidad y me ampara mi príncipe. ¡¡Mi príncipe!!

Brau. ¡¡Juanón!!

Juanón (Atento a un ruido que simula haber escuchado en el lateral derecha.) ¡Silencio!...

Teod. ¿Eh?

Juanón (A media voz e indicando el lateral citado.) ¡El ama!

Petra ¡Por Dios!

Trin. Pierda cuidado.

Gen. (Por la puerta de la derecha, muy afable y sonriente.) Pero qué tertulia es esta, Dios mío; a estas horas...

Trin. ¡Oh! Doña Genara.

Hon. Buenas noches, señora.

Ramón Buenas noches.

Petra ¿Todavía levantada, madre?

Gen. Verás, hija mía; me puse a rezar y me ocurrió lo que a Simona: me dormí. Luego al acostarme oí que alguien hablaba por acá y eso es todo.

Trin. Pues acá estábamos echando la despedida, como dice la copla, porque ya nos íbamos...

Gen. Pero, ¿cómo ustedes aquí?

Hon. Paseando encontramos a Braulio y a Teodoro y como está la noche tan hermosa, dijimos vamos a acompañarles hasta el Sotillo. Ea, y cumplido nuestro deseo, ya nos vamos. Buenas noches a todos.

Ramón Lo mismo digo.

Gen. Vayan ustedes con Dios.

Trin. Adiós, doña Genara... (Habla con ella.)

Petra (Aparte a don Honorio.) Que la renuncia está hecha, don Honorio.

Hon. Mañana la firmarás.

Petra Cuanto antes.

Trin. Ea, descansar. Buenas noches. Adiós, Petrilla, adiós.

Petra ¡Don Trinidad!...

Trin. (Bajo a Petra.) No temas: Dios está contigo.

Petra (Besándole la mano.) Gracias. (Hacen mutis por la puerta del foro don Honorio, don Trinidad y Ramón.)

Gen. Cierra la puerta, Juanón. (Juanón obedece.) Y vosotros, hijos míos, estareis rendidos. Por causa de la dichosa cacería, os habeis levantado antes de clarear.

Brau. Es cierto, madre.

Gen. Andad, andad a descansar.

Teod. Vamos. Sí.

Gen. Esta noche os voy a arropar como cuando erais dos pequeñuelos. Ahora me alegro de no haberme acostado.

Brau. ¡Por Dios, madre!

Gen. Ea: a dormir.

Teod. Vamos. (Aparte a Braulio al hacer mutis.) Es una criatura imposible.

Brau. (Aparte a Teodoro.) Hay que matarla o dejarla.

Teod. Allá ella. (Se van por la derecha.)

Gen. (Deteniéndose al hacer mutis por la derecha.) ¡Ah! Petra.

Petra Madre.

Gen. ¿Has dicho a Juanón lo que hay que hacer mañana?

Petra ¿Para qué? El sabe mejor que nosotras cuánto hay que hacer diariamente en el Sotillo. Se hará lo que él disponga.

Gen. Tienes razón.

Petra Ahora haremos entre los dos la cuenta del día. La cuenta de hoy es muy larga, madre, pero muy clara.

Gen. Hasta mañana.

Petra (Abrazándola y besándole conmovida.) Hasta mañana, madre. (Vase Genara. Petra se seca las lágrimas.)

Juanón (Conmovido.) ¡Petra!... ¡¡Mi Petra!!...

Petra (Echándose en sus brazos.) ¡¡Mi príncipe Juanón!!

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Décima edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa.
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos.
La niña de las planchas, entremés lírico.
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto.
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
Doña María Coroncl, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

Precio: DOS pesetas